

# Linden Lane Magazine

VOL 29 / No. 4

INVIERNO / WINTER, 2010



**ARISTIDE: CELIA Y LECUONA**

Foto / M. Ramos S.

# Linden Lane Magazine



P.O. BOX 101582  
FORT WORTH, TEXAS  
76185-1582

*LindenLaneMag@Aol.com*  
*www.lacasaazul.org*  
*www.lacasaazulcubana.blogspot.com*

Founded in March 1982 by  
**Heberto Padilla & Belkis Cuza Malé**

**Publisher and Editor: Belkis Cuza Malé**

Assitant Editor: Renè Dayre Abella  
Webmaster: Carmen Karin Aldrey

Copyright © 2010

## LINDEN LANE MAGAZINE

Prohibida la reproducción total o parcial. Cada colaboración representa la opinión del autor, y la revista no es responsable de los criterios emitidos en éstas. Se aceptan manuscritos, pero se ruega -de ser posible- se envíen a través de nuestro correo electrónico. No se devuelven materiales, salvo los que vengan acompañados de sobre y sellos con la dirección del autor. El precio de una suscripción anual a

## LINDEN LANE MAGAZINE

en los Estados Unidos es \$50.00 para individuos, y \$60.00 para instituciones. Una suscripción para Latinoamérica o Europa cuesta \$90.00

ISSN 0736 - 1084

It is a publication by

**Linden Lane Magazine & Pres**

Para adquirir un ejemplar de LLM:

<http://www.magcloud.com/browse/Issue/119776>

## Estimados amigos:

Este es un número muy especial, el cuarto y último del Volumen 29. Agradezco a Dios en primer término por haber podido publicar los cuatro del 2010. No ha sido fácil, en medio de las dificultades que acosan a las empresas como LLM: la falta de recursos económicos, la indiferencia general que genera todo proyecto cultural que no sea el del entretenimiento. Pero gracias a la tecnología moderna, a esos genios que han inventado un modo nuevo de comunicación, es posible el milagro de LLM. Somos no sólo una publicación digital, sino impresa.

Gracias a los que han colaborado en este número, a la generosidad, en primer lugar, del maestro Arístide. Y a Daína Chaviano -- novelista de fama internacional--, por sus hermosos poemas. Y gracias también a las poetas Alina Galliano y Elena Montes de Oca; a los escritores Félix Luis Viera, Raúl Eduardo Chao, Armando de Armas, Baltasar S. Martín, Ena 'La Pitu' Columbié (también con estupendas fotos) y Félix Anesio. Y a Clara Morera, por su espléndida obra pictórica.

No necesitaría hacerlo, pero quiero señalar que la decisión de publicar la entrevista a esa artista universal que es Alicia Alonso, ha sido un acto de justicia, más allá de las consideraciones políticas que suelen empañar los juicios de los cubanos de ambas orillas. Alicia Alonso no puede ser ignorada. Sus opiniones políticas no la invalidan como una de las grandes bailarinas del mundo. Y como nunca hemos censurado en LLM, podrán leer aquí la entrevista que Baltasar S. Martín le hizo en Nueva York, ilustrada con dos fotos bellísimas de Delio Regueral.

Este es el número de invierno, y por tanto, de Navidad. No quiero terminar sin enviarles felicitaciones a todos y recordarles que Jesús es la razón de esta celebración. Y que Dios es Amor y perdón.

Muchas gracias y bendiciones,

**Belkis Cuza Malé**  
Directora



# ARÍSTIDE

## BALTASAR S. MARTÍN

He tenido el privilegio de recibir a Arístide –así es como firma sus obras, omitiendo esa “ese” final que a los cubanos nos encanta comernos cuando hablamos– en el taller de murales de la Fundación APOGEO, y lo primero que me viene a la mente cuando escribo sobre él y sus caricaturas es que su trabajo tiene una gran influencia matancera, porque nació en Madruga, que es un pueblo muy cercano a nuestra “Atenas”.

Donde quiera que haya nacido, Arístide es un creador en toda la extensión de la palabra, que ha hecho del pentagrama el gran motivo, entre los tantos que han movido su pincel, para ahora regalarnos esta serie de caricaturas al fresco de nueve íconos de la música cubana e internacional:

Ernesto Lecuona, Rita Montaner, Benny Moré, Celia Cruz, Gonzalo Roig, Olga Guillot, Bola de Nieve, y La Lupe, precedidos todos por la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, con el Trío Matamoros en lugar de los Tres Juanes, muestra ello también de esa jocosidad que lo distingue.

**Baltasar S. Martín:** Voy a empezar mi entrevista provocándote: eres un caricaturista “neo-renacentista” que empezó como bongocero, y no un bongocero que dibuja caricaturas, como tú mismo has afirmado, ¿qué me respondes?

**Arístide:** Tanto como “neo-renacentista” no, pero surrealista sí; eso, un caricaturista surrealista, si me pides una clasificación. Creo que es porque nací en el medio, en Madruga, entre Matanzas y La Habana, y entonces siempre

sueño en medio de las dos bahías, y eso hago con mi caricatura, una fusión de sueños de música con sueños de plástica.

**Baltasar S. Martín:** De los seis aspectos en que tú y yo hemos concordado que debe satisfacer un artista para que su obra trascienda (talento, oficio, sello propio, mensaje, renovación y ética), ¿cuáles cumples, cuáles no, y en qué medida?

**Arístide:** La vida es un eterno intentar cumplir con esos aspectos, y eso hago. Como decía el escritor santiaguero José Soler Puig, “trabajo todos los días para que cuando llegue la musa, me encuentre trabajando”

**Baltasar S. Martín:** Publicaste tus caricaturas en *Combate*, el diario del Directorio Revolucionario; en el semanario *Palante*; en la revista

*Bohemia*, y fuiste director artístico de la revista *Opina*; todas voceras, quieras que no, del régimen castrista: ¿consideras que pudiste pasar por el fango sin mancharte?

**Arístide:** Bueno..., difícil no enfangarse con tanto barro..., pero como los perros cuando se zambullen y luego se sacuden el agua..., yo también me sacudí el fango.

**Baltasar S. Martín:** ¿Avalas mi afirmación de que tu personaje Subdesarrollo Pérez fue algo así como tu *alter ego*, heredero del Liborio y del Loquillo de la etapa prefidelista?

**Arístide:** No, no, no..., Subdesarrollo Pérez no fue mi *alter ego*; del Liborio sí heredó la identificación gráfica del costumbrismo cubano,



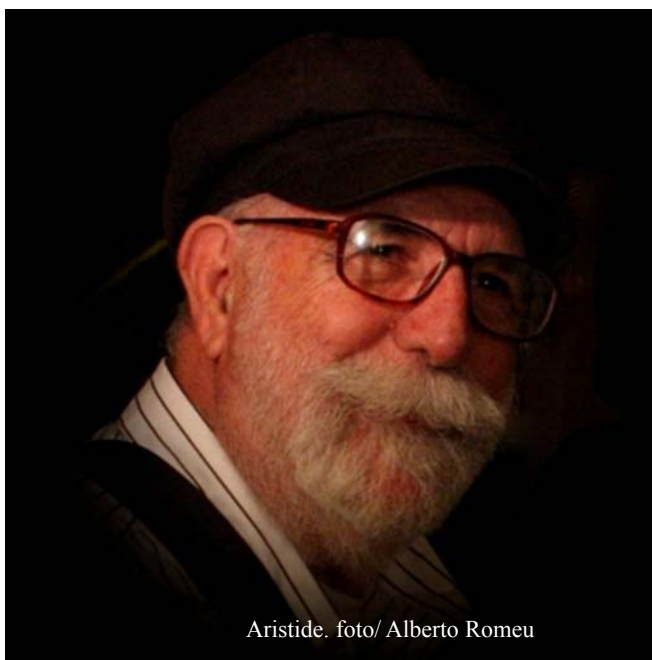
pero del Loquillo no heredó nada. En verdad, Subdesarrollo representa a los miles de cubanos que para sobrevivir en la Isla nos vimos obligados a manejar una doble, triple, y hasta una cuádruple moral. Por eso terminamos los dos, personaje y autor, “congelados” para la prensa por ocho largos años.

**Baltasar S. Martín:**

¿Cuál consideras que fue tu mayor logro artístico dentro de Cuba?

**Arístide:** Creo que haber logrado que Subdesarrollo Pérez esté inscrito en la historia gráfica del costumbrismo cubano. El personaje es resultado y síntesis de esa fusión surrealista del antes del ‘59, con su medalla de la Virgen del Cobre en su pecho y el tabaco en la boca; y del después del ‘59, con sus botas, pantalón de milicia y su hablar demagógico y populachero; fusión que le permitió serpentear por algún tiempo la censura oficial. Un alto dirigente del gobierno que en una ocasión visitó el semanario *Palante y Palante*, donde aparecía Subdesarrollo, dijo: – “El mejor personaje humorista de este momento es Subdesarrollo Pérez, pero en lo que falla es que critica pero no da la solución”; como si Subdesarrollo hubiera podido dar solución a lo que el gobierno era incapaz de resolver.

**Baltasar S. Martín:** ¿Ha sido el exilio para ti un



Arístide. foto/ Alberto Romeu

elemento adverso o enriquecedor para tu obra?

**Arístide:** Enriquecedor, el exilio ha sido enriquecedor para mí; me ha dado otra dimensión, al tener distancia emocional y libertad de expresión. Pintar La Habana viendo los cerros de

Bogotá es una experiencia divina de memoria y de amor. He podido en la distancia dibujar al cubano y a la Cuba que siempre he visto y he querido.

**Baltasar S. Martín:**

¿Qué te motivó a aceptar con ese entusiasmo tan juvenil el proyecto de Roberto y Yeny Ramos, del Centro Cultural Cuba Ocho, y de la Fundación Apogeo, de hacer una galería de caricaturas al fresco de los íconos de la música y de la cultura cubanas?

**Arístide:** Primero, agradecer a Cuba Ocho y a la Fundación Apogeo por haber pensado en mí para el proyecto; y segundo, porque me ha parecido una muy buena oportunidad para seguir con mi fusión de sueños de música y de plástica...; gracias por permitirme trabajar creando esta galería de caricaturas de grandes músicos cubanos para emplazarlas en la fachada de este importante centro cultural miamense.




Arístide: Benny Moré

**Baltasar Santiago Martín,** escritor y periodista, ha publicado recientemente *Una vida, un tren, un viaje*, y es director de la Fundación APOGEO para el arte público.

# DAÍNA

# Chaviano

## C IUDAD SIN DUENDE



Esta ciudad no logra retener sus fantasmas.  
Sus piedras son muros que caen cada día  
en un verano prematuro y casto  
No puedo amar sus yermos rincones sin historia,  
ni sus puentes de cristal helado.  
Esta ciudad se muere al menor soplo,  
pero no como mi Habana que agoniza de abandono,  
sino como un plato de algas raras  
que nunca se deja probar.  
Esta ciudad me duele cuando pienso en aquella  
rota y esquizoide como una princesa hambrienta.  
No me sangran los ovarios cuando pronuncio su nombre  
(¡y tengo cada abortos si recuerdo la mía!)  
Esta ciudad me sabe a sal desconocida.  
No me toca, no se deja penetrar  
por mi memoria vaginísima.  
Estas calles nunca sudan: sólo reverberan.  
Las miro  
y se me abre un desierto en el corazón,  
una noche oscura y sin mar.  
Esta ciudad me tienta, pero no logra hechizarme.  
Jamás batirá su cintura  
con ese jadeo animal con que gozaba la mía.  
Nunca abrirá sus piernas a los augurios del trópico.  
Sus plazas no verán el diluvio final.  
Esta ciudad nunca será mía.  
Es demasiado anglo esta ciudad.



Clara Morera: mujer Orisha

# FAN TAS MA DE MUJER

Un fantasma se asoma al espejo,  
sonríe y sonríe  
su boca de mefisto al proponer un pacto:  
*apaga las ventanas y cierra tus afectos.*  
Lleva en brazos los versos que mañana escribiré.  
¿En qué sitio del pasado dejé mi corazón?  
Dibujó a saltos un libro,  
un talismán de luz para explorar otros tiempos.  
¿Cuándo cerré mis alas y caí sobre esta silla?  
A veces pienso que estoy viva  
y salgo a la calle con algún disfraz.  
El de mujer triste requiere unos ojos oscuros,  
grandes para impresionar.  
El de mujer hermosa lleva un chal sobre los hombros  
y unas campanas de vida en torno a la cintura,  
los pies descalzos para beber la lluvia  
y una oración de gozo en cada oreja.  
Pero todo es apariencia,  
¿En qué rincón del mundo he perdido mi sombra?  
(¿Fue enterrada por descuido junto a algún poeta  
enfermo?)  
El fantasma del espejo vuelve a llamarme por señas,  
sonríe y sonríe  
como si el destino existiera.

# EL DIOS DE AGUA

Mesías del fuego,  
boca perdida en el silencio del agua:  
tú sabes del pozo antiguo de las inundaciones,  
de los trópicos sepultos en mi cuerpo.  
Soy un gesto de luz,  
una pálida fiebre en tu costado.  
Me arrimo a tu lengua en secreto  
y muerdo tu sonrisa de lujosa porcelana.  
Nadie sabe que mi piel es un muestrario de tus manos.  
Un sagrario pondría en tu vientre de perla.  
Mis reliquias son tus besos, mi dios pálido y antiguo.  
Si muero,  
quiero que me entierren bajo tus ojos cerrados.



**DAÍNA CHAVIANO:** Publicó en Cuba varios libros de fantasía y ciencia ficción, convirtiéndose en la autora más vendida de ambos géneros en la isla. Tras abandonar su país, en 1991, inició la escritura de su ciclo novelístico «La Habana oculta», compuesto por *El hombre, la hembra y el hambre* (1998), *Casa de juegos* (1999), *Gata encerrada* (2001) y *La isla de los amores infinitos* (2006). Ganadora del Premio Azorín de Novela (España, 1998) y la Medalla de Oro al Mejor Libro en Lengua Española (Florida Book Awards, EE.UU. 2006), entre otros. Ha sido traducida a unos treinta idiomas. Sitio Web: [www.dainachaviano.com](http://www.dainachaviano.com)

# Alina Galliano

72

El cristal de los vasos desintegra la mesa  
no hay aire a contra labio,  
un plato de distancias sobre el mantel,  
descansa,  
sólo un verbo decanta en la pupila,  
los reflejos se mecen simplemente  
desarreglando el cielo o las cisternas  
y lo desconocido en mí pare sus símbolos.  
Con qué sonido estrenaré la medula  
para poder llamar lo vivamente vivo  
entre el coral de una navaja y este invierno  
hasta que el corazón converse diente a diente.  
¿Quién puede ser en esta noche un filo ventana?  
¿quién un trozo del Hudson  
quebrándome los ojos?  
¿quién podría borrarme las huellas  
digitales  
y escribirlas quizás sobre otros cuerpos  
para poder nombrarlos eliminando  
esas muertes  
que cuelgan de los hombros?  
Mido el olor y mido la ternura y  
mido el espacio de lo breve  
y no es posible entender a volumen  
tanta respiración sobre el planeta,  
porque nunca es posible desplazar la consciencia  
de lo que sin respiración nos acontece  
y nos dice que un pino también puede guardarnos  
desde una sombra más densa e inoportuna  
a seis pies de insalvables lejanías  
para el beso o la risa entre las sábanas.



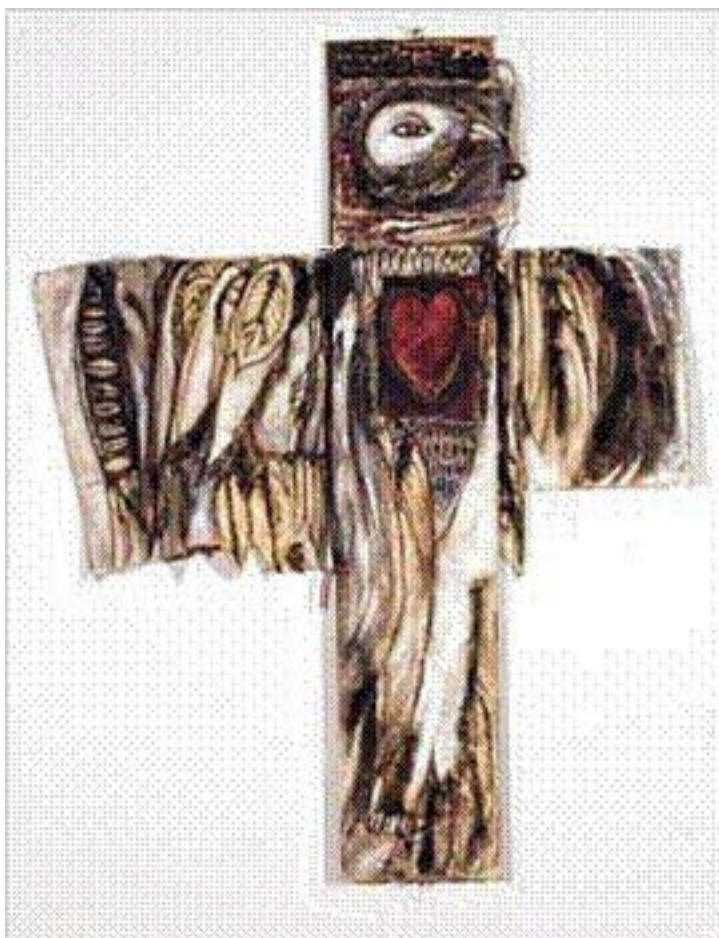
Clara Morera: detail-Saint-Bird-1



Clara Morera: detail-Saint-Bird-2

# 79

El corazón descansa en el presente, algunas veces,  
regresa a esos perfiles que guarda la memoria.  
Las únicas fotografías que conservo,  
si quiero conversar con lo que ha sido o lo que puede ser,  
desde estos tiempos donde los cambios son tan inminentes  
como una taza de café o un cigarrillo después que me levanto  
a un pulso transparente sobre el día.  
Nunca he aprendido a verme definida en instantáneas  
que devalen mis viajes, mis amores, las despedidas,  
las circunstancias que me salen al  
paso aquí en Manhattan.  
Me doy cuenta que devorando el paisaje,  
las pausas del vivir, los kilómetros  
dejados entre abrazos y ciudades,  
pausas que saben mis reseñas  
a cotidianos momentos  
fuera de los relojes y las expectativas,  
pausas que saltan como liebres  
diseñando el planeta,  
sus guerras o las posibles democracias  
que para hablar descuartizan de  
raíz la razón  
y resultan ser tan feroces,  
como un golpe rompiéndote  
las vísceras.  
Los rostros que he querido me  
atrapan los párpados,  
me sorprenden a esquinas de ternura  
y saben caminar abiertamente  
esa brújula antigua  
donde guardo a una pura emoción  
el sentimiento  
de seres que no están pero persisten  
lo mismo que un aroma entre mis huesos



Clara Morera: Primer santo pájaro de La Habana Vieja

---

**Alina Galliano** nació en Cuba y reside en los Estados Unidos. Ha publicado entre otros, *Entre el párpado y la mejilla*, Colombia, 1980, y *Hasta el presente (Poesía casi completa)*, España, 1989. Su obra *La geometría de lo incandescente (en fija residencia)* ganó el premio “Letras de Oro” (1990-1991) en el género de poesía. Estos poemas pertenecen a un libro en el que actualmente trabaja, *Los días que ahora tengo*. En Marzo del 2010 fue parte de lectura de poesías en Barnard College.

# elena MONTES

## DE OCA



*Clara Morera: La esquina de la tormenta*

3

¡hágase la luz sobre esa puerta!  
¡qué desagrada pared!  
¡qué inútil tiempo de morir se esparce!  
escribe, huye, pregunta, mientras  
el carcelero estruja tu cuello.  
¡vayan despacio estas manos furiosas porque se  
ha levantado la luz!  
el breve tiempo ama sin nosotros.

9

raída en la memoria surge la casa  
albercas y tinajas que ya no cantan  
el esplendor del agua.  
bocas secas las ventanas  
por donde la muerte anida  
hay que ofrecerle un tilo.  
quizás para que vuelva aquella Nochebuena.  
hay que darle cepillo a los zapatos  
quitar la telaraña  
ofrecer  
ofrecerle a la casa  
la antigua alegría de la lámpara.



*Clara Morera: Cristómano*

**Elena Montes de Oca**, nació en Cuba en 1950. Es poeta. Trabaja en un nuevo libro: **Obrapía del canto**, al cual pertenecen estos poemas. Vive en Miami Beach.

# 16

te llevaré a pasear por las calles del mundo.  
irás con un sombrero blanco.  
yo solo llevaré un pez en la solapa.  
en una tarde roja de Altamira  
pondré una pluma blanca en tu sombrero  
será una pluma eterna  
un extraño amuleto  
que un náufrago olvidó junto a una flecha.  
he de mirar tus ojos en el desierto  
junto a las catacumbas y los jardines  
que un rey construyó para su amor.  
encontraré tu nombre escrito en otras lenguas  
en el batir de un ala  
en el olor de un fresco  
cuya textura evocaré en tu piel.  
hechicera del barro  
no lances la flecha que el solitario cazador  
dejó en tu umbral.  
mira mejor el gesto que yace enamorado.  
déjame ser  
déjame ser ese pan empezado  
la sombra que espera.  
tan solo unos instantes surcarás el tiempo  
y harás blanco en las calles de mi pecho.  
pero si vienes no olvides la estación.  
ven certera mi amor, lanza la flecha.  
recuerda la blanquísima pluma en tu sombrero.

# un poeta que fue mi abuelo

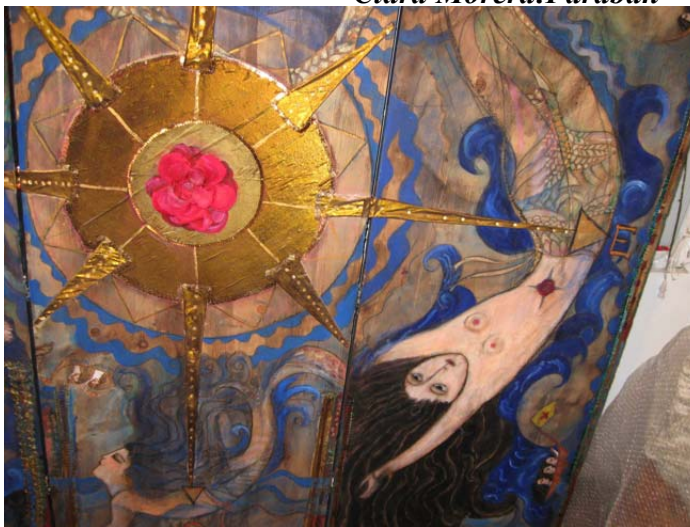
## Armando de Armas

He tenido la grandísima suerte de ser el presentador de los dos últimos libros publicados por mi amigo, el poeta Armando Álvarez Bravo: *Cuaderno de Campo* y *Poemas para la Princesa*. En el libro anterior, en la presentación del libro anterior, me daba gusto, regusto, recalando la condición irreverente, incorregible, incorrecta, políticamente incorrecta, conservadora en suma, de la vida y la obra de nuestro autor. Hablaba también aquella vez, aquella noche, que en ocasiones, la mayoría de las ocasiones en verdad, la cercanía nos impide apreciar las cosas, a las personas, la verdadera dimensión de las cosas y las personas, de las personas y sus obras, decía, recuerdo, que no se dejen engañar por la cercanía, pues la cercanía suele ser mala consejera, y que por eso en la antigüedad los hombres de poder, los reyes, tomaban distancia de sus súbditos y aún de sus consanguíneos, mirar al rey a la cara era terrible, era tabú, un tabú cuya violación pagaba con la vida el indiscreto y aún el distraído, y que superado ese tiempo, el tiempo de esa precaución, la cercanía empezó a minar, distorsionar las relaciones entre los hombres, rectifico, entre el hombre marcado por la excepcionalidad, del poder o de las musas, dos formas de poder en definitiva, y el resto de los comunes mortales.

Este libro, esta presentación, quizá no se preste para abundar en la andadura, pensamiento conservador del poeta. Pero, sólo en apariencia, pues si algo hay que empezar por preservar, conservar, en los tiempos que corren, quizá en todos los tiempos, ello es la familia, tan atacada, impunemente atacada, diríamos, por la comparsa bullanguera de la corrección política, de esos que hablan, digamos, a favor de la unidad, bienestar y desarrollo de la familia latinoamericana, y nada a favor de la unidad, bienestar y desarrollo de la familia en concreto, patria menor y esencial, compuesta por un padre, una madre y su prole. Luego, en el orden natural de las cosas está que un poeta, un pensador de la índole incorrecta, conservadora, haga

poemas a la familia, a los integrantes de su familia. Algunos han criticado a nuestro bardo por este libro, *Poemas para la Princesa*, dedicado a su nieta Ana María, y por uno anterior, *La belleza del físico mundo*, dedicado a su nieto Joseph Armando, según los críticos, severos ellos, serían textos ñoños que no estarían a la altura (como si la altura del poeta no estuviese también, y sobre todo, a ras de mundo) de obras como *Órbita de Lezama Lima*, de *El azoro*, *Juicio de residencia*, y de la ya mencionada *Cuaderno de Campo*, de títulos y nombramientos tan rotundos como Miembro de número de la Academia Cubana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española y la Academia Norteamericana de la Lengua Española, miembro vitalicio de la American Translators Association y ex presidente del PEN CLUB de Escritores Cubanos en el Exilio. Olvidan que para un poeta no hay temas de altura de mayor o menor altura, que el poeta, sí lo es, torna en altura lo que toca, lo que trabaja, el poeta es la altura, no los temas que trata.

### Clara Morera:Parabán



Por supuesto, no es fácil hacer poesía dedicada a la madre, a los padres y, menos aún, a los nietos, pero, los poetas, los hombres, están para los riesgos, para correrlos, y si por algo merece la pena correr riesgos, quizá lo único que lo merezca, eso vendría a ser la familia, y sobre todo, los más pequeños de la familia. Bueno, están los riesgos y el ver cómo salimos de esos riesgos. Creo que Álvarez Bravo sale airoso, y lo logra porque muchos de los

poemas del libro que hoy presento a ustedes no son poemas para nietos, son poemas, algunos de ellos dotados de una gran profundidad. Por ejemplo, en el poema Recomendaciones a Ana María leemos:

Haz todo lo que quieras hacer,  
que, aunque no lo comprendas,  
Siempre es lo que debes hacer.

Y más adelante en el poema, El Juego, podemos leer lo siguiente:

Todo lo que eres  
Y todo lo que serás  
está en tus juegos.

Dos fragmentos, flechazos que muestran la paradoja, luego, la profundidad de pensamiento en muchos de los poemas de este libro. Acá se le habla a una niña, se le traza un mapa de conducta futura, pero no se le subestima, no se atenta contra su inteligencia, no se le hiere su inteligencia, la niña ha de estar alerta, muy alerta, sabiendo que ha de atravesar un bosque verde vestida de rojo, un

bosque donde, además, merodea un lobo que si no es feroz como en el cuento, al menos, seguro, no traerá la mayoría de las veces las buenas intenciones. Complejidad que no ha impedido que la poesía de Álvarez Bravo este dotada, bien dotada diría yo, de júbilo, inocencia, celebración de lo bueno y de lo bello, del juego, de la iluminación de la dicha y de los sueños y de los deseos, y muy importante, de entrega familiar.

El mismo Armando ha dicho en relación con este libro que presentamos hoy: “En mis poemarios siempre he dado testimonio de mis vivencias, pensamientos, reflexiones, certidumbres, fe, patria, paisajes, cotidianidad, deseos, sueños, obsesiones y pasiones, ganancias y pérdidas, deslumbramientos ante la naturaleza y las cosas y todas las preguntas que no dejo de hacerme con constancia en mi a ras de mundo. Así, mis poemas pueden verse como mareas en que el conocimiento de la plenitud y de su reverso son un absoluto. Dan minuciosa cuenta del hombre que soy, yo que creo que un poeta es un hombre que quiere ser todos los hombres.

“En mi poesía, la inocencia es un factor central. Y la infancia un indescriptible, mágico territorio que me afano en precisar, rescatar y preservar. La inocencia es la clave de la salvación. En tiempos terribles, la inocencia de mis pequeñas hijas, Liana y Lourdes, me dio fuerzas para soportar lo insoportable. Tantos años después, en estos tiempos, que en ocasiones pueden también ser difíciles, debo esa inmensa gracia a mis nietos, Joseph Armando y Ana María”.

Acá en lo dicho por el poeta hay algo que quiero destacar, puntualizar: “La inocencia es la clave de la salvación”. Esto me lleva a Cristo, a algo que dicen que dijo Cristo, en Mateo 18:3, en la versión Reina Valera de

la Biblia, 1909, se puede leer: “De cierto os digo, que si no os volviéreis, y fuéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”. Aquí, quizá, además de la presencia de lo cristiano en la obra de Armando, bueno la presencia de lo cristiano está en todo Occidente, es todo Occidente, pero me refiero a la especial presencia de lo cristiano en la obra de Armando, además de esa especial presencia, aquí, en la inocencia como clave, encontramos quizá la razón fundamental por la cual Joseph Armando y Ana María cuentan cada uno con su poemario.

Alertaba al inicio de esta presentación de *Poemas para la Princesa*, y en la anterior, en la de *Cuaderno de Campo*, acerca de los peligros de la cercanía, de no tomar la debida distancia para ver la verdadera dimensión de las cosas y las personas, de las personas y sus obras. Creo, repito, que es un peligro que Armando Álvarez Bravo ha sabido sortear adecuadamente, pero, hay un segundo peligro a sortear, no ya por el poeta, sino por los niños Joseph Armando y Ana María, niños que pronto ya no lo serán, que pronto se adelantarán por los atajos de la adultez con todo lo que ello significa, el peligro de no entender la dicha que un día tuvieron, no ya de tener un abuelo que les escribía poemas, sino que la dicha estuvo en tener un poeta a mano, en la casa, un poeta que supo ver, detectar en ellos materia prima moldeable, obra alquímica, para sus poemas. Así que, ojo, muchachos, nada de decir mañana, yo tuve un abuelo que fue poeta, no, nada de eso, acá el orden es importante, digan, deberán decir, yo tuve una vez un poeta que fue mi abuelo.

*Armando de Armas* (Cuba, 1958), escritor, ensayista y periodista, licenciado por la Universidad Central de Las Villas, tiene varios libros publicados, entre los que destacan *Mitos del antiexilio* y su novela *La tabla*. Vive en Miami.



# Armando Alvarez Bravo

## Poemas para la Princesa

**Ediciones Universal**

**LIBRERIA UNIVERSAL**

**3090 SW Calle Ocho, Miami 33135**

**(305) 642 3234**

# El corazón del Rey

FÉLIX LUIS VIERA

La calle San Vicente cruzaba este-oeste una buena parte de aquella ciudad de Santa Clara, curiosamente con nacimiento en uno de sus dos ríos venerables, el Cubanicay, y término en el otro, el Bélico (o también, claro, se podría decir que a la inversa); larga, atravesaba lo dicho en estricta línea recta.

A las tres de la tarde está ardiendo la calle San Vicente en el verano calcinante de Santa Clara: un brasero en la piel. Pero Robertón lo decidió desde ayer: Vamos a terminar de una vez con ese trabajito más bien por caridad, que la pobre mujer.

La mujer vive en el extremo este de San Vicente, más o menos a par de cuadras del Bélico, y está *priorizada* por la Empresa Consolidada de Reparación de Televisores. Pero la Consolidada no cuenta con un bombillo llamado *RQ-6* y la mujer está desde hace mucho sin televisor. “Yo puedo más que la Consolidada –le había dicho Robertón a la hermana de la mujer cuando la visitamos por primera vez, ella lo había mandado localizar con decenas de personas–: yo le busco el bombillo ese”. Quién sabe de cuál aparato desahuciado pudo el maestro al fin sustraer el bombillo. “Ya tengo el *RQ-6* canalla ese –me dijo ayer–, y se lo ponemos mañana por la tarde a la pobre mujer, pues recuerda que por la mañana tenemos unos cuantos compromisos”. Por la mañana hicimos las visitas a televisores en un carro de alquiler de la ANCHAR (Asociación Nacional de Choferes de Alquiler Revolucionarios) que le había prestado un socio a Robertón. Así, de paso, él despista. Parece que estamos dando servicio de carreras de alquiler y, por lo tanto, anda el maestro trabajando en lo que tiene permiso del Gobierno..

Ya lo he dicho: en este trabajo soy, aún más que en los otros, sólo el ayudante. “Agarra ahí”. “Tráeme acá”.

“Hala aquí”. “Desenrosca aquí”. Me dice el maestro. O le busco en la bolsa de herramientas destornilladores, trocitos de goma, lijas, bombillos viejos, el amperímetro, y se los alcanzo. Él me iba explicando lo que hacía, pero, aunque jamás se lo dije, nunca entendí algo ni remotamente.

Hubo que entrar hasta el cuarto de la mujer. Tiene el pelo crespo, pero la piel blanca. Debe ser por el montón de años que lleva sin salir a la calle; el pelo se le ha quedado de mulata, pero la piel se le ha hecho blanca. El televisor se halla frente a la pielerera de la cama. La mujer, sin dejar de mirarnos, nos dice angelitos si pudieran arreglármelo y agrega que tiene a muchísima gente buscándole el *RQ-6* en casi todo el país, pero no aparece, ¿me comprenden?...Es que es mi principal entretenimiento, estoy desesperada. Hay un orinal y una escupidera junto a la cama y una palangana sobre una mesita en un rincón. El cuarto da a la calle y tiene una ventana enrejada, ancha, y larga casi de techo a piso. Esta ventana debe ser la frontera entre ella y el mundo. En la casa viven además la hermana de la mujer con su marido y cuando fuimos por primera vez la hermana dijo: A ver, por la Virgen, si se lo arreglan, mi marido paga lo que sea, consigue el dinero que sea.

*Aristide: Bola de Nieve*



¿Y por qué sudas tanto?, me pregunta la mujer. Mucho calor por esta calle, le respondo. Ella mira a la calle como si mirara por la pantalla de un televisor a Finlandia, allá tan lejos. Sus ojos son encuevados, oscuros. Se halla tapada hasta el pecho. Entre una y otra operación la observo, y su mirada, angustiada, está yendo de nuestras manos a los lugares donde éstas se meten.

Robertón saca una canequita y se da un trago de ron y me brinda sin mirarme; yo, antes de dármelo, vuelvo la vista hacia la mujer: ella me está mirando y, al ver mi vacilación, sonrío levemente, sin mostrar los dientes.

Debimos halar hacia delante el televisor, que más bien parece un armario y pesa casi lo que tal, desde la pared, contra la que se hallaba pegado, hacia delante para quitarle la tapa trasera y hacer el trabajo; lo pusimos con el fondo hacia la ventana, para aprovechar la luz. Íbamos a llevarlo para la sala. “No. Aquí”, dijo la hermana. Estamos más o menos a un metro de la pierna izquierda de la mujer, o de donde debe estar su pierna izquierda bajo la sábana.

Esta mujer nunca ha caminado

por las calles de Santa Clara –pienso–, ni por calle alguna, nunca ha amado a ningún hombre ni ha sido amada por hombre alguno ni jamás se ha puesto un uniforme nuevo para ir a la escuela ni ha ido nunca a la escuela, no ha tenido la lengua de un hombre agarrada con la suya ni ha esperado a hombre alguno en una esquina ni la masturbaron ni se ha masturbado ni la desvirgaron ni ha bailado ni ha cocinado los frijoles ni buscado un mandado a la tienda ni se ha puesto un vestido nuevo que mandó hacer ni ha esperado ese vestido con la ansiedad incauta de las mujeres que esperan un vestido nuevo que les están cosiendo para ir el sábado a la fiesta, nunca fue un domingo al Parque Vidal a dar vueltas y vueltas en sentido contrario a las vueltas y vueltas que dan los hombres en espera de que aquel que le sonrió al cruzarse con ella en la vuelta anterior vuelva a cruzarse en el mismo punto en esta vuelta y le diga adiós belleza y adiós flor de abril y adiós petalito de mayo o quizás adiós ricura o adiós bárbara o adiós belleza asesina y se detenga y se empareje con ella en la vuelta número diez o doce y siga y la vaya enamorando hasta la casa y le compre un helado durante el camino y queden en verse mañana en una esquina cercana, nunca, nunca enamorada ha mirado a la Luna ni a Venus ni a estrella alguna desde un banco anochecido en un parque ni nunca ha tenido una mano de hombre en la suya ni se le ha humedecido la vagina durante un encuentro en las lunetas de un cine, nunca unos dedos trepándole por los muslos que finalmente habría ido abriendo más y más hasta aceptar

el rozamiento del clítoris y el estallido entrepierna. “¡Agarra ahí, muchacho!”, me dice Robertón, “... que hoy estás medio zozco, chico, seguro por el calor”, y sonrío mirando a la mujer como para disculparse por el tono áspero.

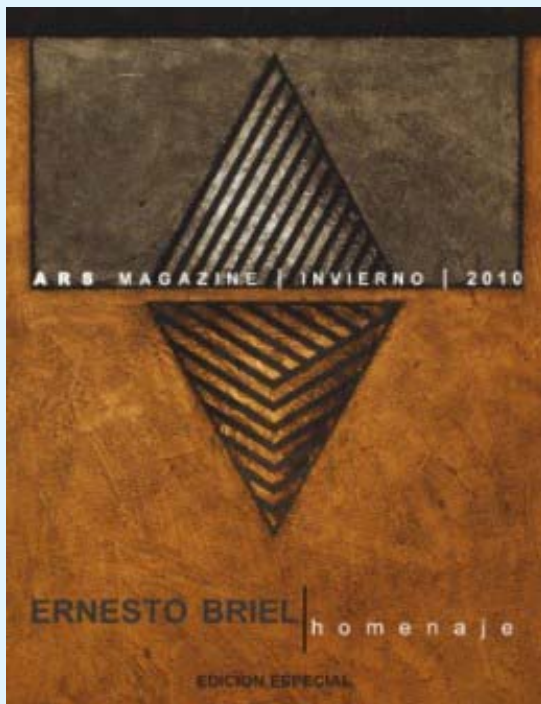
Cojo el destornillador y le alcanzo una tira de *teipe* y el maestro sigue remendando. Los televisores que reparamos –o más bien repara él– por dentro parecen pantalones zurcidos. Robertón enchufa el cable al tomacorriente y veo que los ojos de la mujer se avivan, esperan el fuetazo de luz en la pantalla; todas las lealtades, traiciones y esperanzas amorosas todas las peleas con el marido que no tuvo toda la ropa que nunca le lavó a los hijos que nunca engendró todos los frijoles que se le pudieron quemar por un olvido y todos los coitos que había llevado a cabo en su vida están ahí, en esa pantalla; lo puedo asegurar al mirar a sus ojos cuando el trabajo de nosotros parece prosperar; lo he visto en un temblor momentáneo, espasmódico, apenas perceptible, en las partes de la sábana bajo las que deben estar sus manos. De vez en cuando entra alguna lasca de aire por la gran ventana. Yo sigo sudando en exceso. Por la mujer. No por el calor, que aquí adentro no es tanto. Pero no se ilumina la pantalla. “Carajo”, murmura Robertón.

Ya él le ha puesto ese bombillo *RQ-6*, le ha trasteado todo el circuito y metido varios empates, y nada. Los ojos de la mujer se cierran y se abren y miran a Finlandia, por la ventana, ladeando ligeramente la cabeza, como sólo

## ARS MAGAZINE Adquiéralos en

<http://www.magcloud.com/browse/Issue/131440>

Zoé Valdés / Gustavo Valdés



puede hacer. “¡Ah, ya!”, exclama Robertón a seguidas de un resoplido. “Ya, ya sé lo que es”. Saca un manual, mugroso, desbordado de acotaciones con lápiz, me explica dos o tres asuntos con un tono optimista que le hace irradiar sus ojeras y digo “perfecto” aunque sólo he entendido quizás un diez por ciento. “Verás ahora, carajín”, masculla, “esto queda piano ahora”, y me pide materiales e instrumentos de la bolsa. Y arremete.

¿Y qué hace la mujer cuando la televisión no está transmitiendo? Le leen. Le leen revistas y periódicos y cualquier cosa, me había contestado el día antes Robertón. Pero no es lo mismo. Hay montones de revistas, periódicos y libros en cualquier ángulo del cuarto. Pero no es lo mismo. En su caso no es lo mismo porque ella necesita ver gente hablando y accionando y drama y vida en imágenes, ver ver ver lo que no ha vivido en persona. No le basta con una página, con hileras de letras escuchadas, necesitaba estar estar en la figura, en la risa y la mueca y en el gesto con el vaso a los labios y entre una multitud que patina y tras unas piernas que saltan y mediando entre un bofetón y un rostro y mirando cómo subrepticamente dos bocas se pasan sus jugos y esquivando una flecha o una bala que finalmente parte el pecho del destinatario, y sólo con esa caja de luz que Robertón está intentando reparar puede conseguirlo. ¿Y desde cuándo está así la pobre mujer? Desde los dos años de edad, me había contestado el día anterior Robertón. Ahora tiene cincuenta y dos y está así desde un accidente a los dos años de edad. Su cuerpo se halla muerto hasta el cuello. Si la arrearan en silla de ruedas habría que amarrarla como a un saco hasta los hombros y, aun así, en buena medida su cabeza se iría hacia un lado, hacia el otro, hacia atrás, hacia el frente. Desde que tuvo uso de razón se negó. Ni un paseíto así. Para que no se le pudran partes del cuerpo a ratos la ponen de un costado, del otro, semibocarrriba, semibocabajo, la reclinan, y le aplican mucho talco luego de lavarla. La cama tiene rueditas, pueden llevarla hasta la sala, nada más. Pero ya hace mucho tiempo que ella no quiere que la muevan. Ni que le hablen. Ni que la miren.

Robertón mete el brazo y ajusta algo allá en las entrañas del televisor. Miro a la mujer: sus ojos encuevados y oscuros van directamente hacia el brazo de Robertón y hay un temblor momentáneo, casi imperceptible, en esa zona de la sábana bajo la cual debe estar su mano izquierda, y una gota de sudor le baja por la frente, tan blanca. ¡TRAC! Ha enchufado Robertón y ¡TRAC!, se enciende la pantalla con el patrón de pruebas. La mujer me envía otra sonrisa,

pero ahora enseña una línea de los dientes; sus ojos se abren, parecen soltarse de sus cuevas. Se altera su respiración: la sábana cimbra, ligeramente, a la altura del pecho.

Robertón suelta un suspiro y dice “perfecto” luego de darse un toque de la canequita, cuando está llegando a la hermana de la cocina. Él comprueba cambiando de canal y dándole al volumen y al brillo y al contraste “¿ven?”, “¿ven?”, “perfecto”, diciendo a ambas. La hermana pregunta cuánto nos debe. Robertón y yo estamos recogiendo los instrumentos y materiales y nos miramos de medio lado, agachados. “Nada”, responde él. ¡Cómo que nada!, exclama la hermana. Nada. Vuelve a responder Robertón, nada, nada, nada, nadita, señora, nada, enfatiza. La hermana dice pero cómo puede ser eso, con tanto trabajo que pasaron para conseguir ese bombillo, con tanto que han hecho ahora en fin, cómo puede ser. Como son las cosas cuando son del alma, responde Robertón sonriendo.

La hermana dice ah, los de la Consolidada los pobres que están buscando el dichoso bombillo por todas partes y de seguro en cuanto lo tengan vendrán a ponerlo, pero ya el televisor está reparado. No se equivoque, señora —dice Robertón rastrillando el dedo índice de la mano derecha hacia la hermana—: si vienen los de la Empresa Consolidada con el bombillo usted les dice que se lo pongan, que el que tiene ahora se lo prestó un amigo, y entonces éste lo deja de repuesto, mire que esta tragedia socialista cubana no tiene para cuando acabar, señora. Entonces dice “muchas gracias, que Dios y todos los santos se lo paguen” la voz de la mujer. Nos volvimos hacia ella ambos diciendo “no hay de qué” mientras la hermana nos invita a la cocina a tomar café.

La voz de la mujer se transformó completamente al darnos las gracias. Las once palabras de “muchas gracias, que Dios y todos los santos se lo paguen” parecieron eternizarse: la cadencia, el timbre de la voz de la mujer al decir esta frase tenían algo que no parecía ni del más acá ni del más allá. Llegaron como alguna melodía que podría acrisolar todas las voces hermosas por mí escuchadas. “¿Y a ti qué coño te pasaba que estabas como medio zonzo allá dentro, que ni siquiera atendías a mi hacer y decir?”, me pregunta el maestro arreando ya hacia arriba por la calle San Vicente, que aún arde bastante. “¿A mí? Nada, nada”, le respondo.

**Félix Luis Viera** (Cuba, 1945), poeta, cuentista y novelista. *Su Con tu vestido blanco* fue premio de novela UNEAC 1987). Tiene varios libros publicados. Vive en México, donde recién vio la luz *El corazón del Rey*.

*Aristide: Rita Montaner*



la eterna *Giselle*,  
cumplió noventa:

# ALICIA ALONSO

## Baltasar S. Martín

Desde 1940 hasta 1948 Alicia Alonso formó parte del entonces Ballet Theater de Nueva York. En 1943 hizo su genial debut en *Giselle*, y en 1946 fue ascendida a primera bailarina de la compañía. Aunque una crisis transitoria del BT a mediados de 1948 propició que Alicia, Fernando y Alberto Alonso pudieran realizar su tan caro sueño de fundar en su Cuba natal una compañía de ballet profesional –el hoy renombrado Ballet Nacional de Cuba–, Alicia continuó regresando a bailar con el colectivo neoyorquino – nombrado a partir de 1955 como American Ballet Theater– hasta 1960. Veinte años en total de fructífera colaboración, que enriquecieron no sólo la historia personal de la *prima ballerina assoluta* cubana, sino el nivel y el acervo de la compañía norteamericana.

Cuando Alicia comenzó a tener problemas serios con su vista, en lugar de desistir de bailar, esta mujer nacida para la danza se crece ante la adversidad, construyendo no sólo su leyenda personal, sino también la del Ballet Nacional de Cuba, que con 62 años de fundado está considerado entre los mejores del mundo.

**BALTASAR S. MARTÍN:** Alicia, su padre era masón como lo fue también José Martí, pero a usted la bautizaron como Alicia Ernestina de la Caridad del Cobre Martínez del Hoyo: ¿cómo logró su madre convencer a su papá para que accediera a ese tercer nombre “de la Caridad del Cobre”, tan católico?

**ALICIA ALONSO:** Mi padre, aunque laico por excelencia, era un hombre tolerante y comprensivo. Amaba mucho a mi madre, y nunca fue un obstáculo para que ella fuera una católica practicante. Incluso mi hermana y yo nos educamos en un colegio de monjas, en el Colegio Teresiano, y mis hermanos en el colegio La Salle.

**BSM:** Se dice que usted es una gran amante de la naturaleza y de los animales, sobre todo de los perros, ¿recuerda usted a qué edad tuvo su primera mascota, y cómo la llamaba?

**AA:** El recuerdo más lejano es el de mi perrito Truly, pero no estoy segura de mi edad en esa época, quizás 6 ó 7 años.

**BSM:** Usted nació el 21 de diciembre de 1920, el día del año en que se produce el solsticio de invierno, un acontecimiento muy importante para los celtas y para los masones, en el que el sol renace y la vida se renueva en la tierra. ¿Está usted consciente de la singularidad de la fecha de su



cumpleaños?

**AA:** Esas coincidencias me sorprenden, y me dejan pensativa. Hay otras predicciones que coinciden con esa fecha, como la de los mayas, que creo marcan el inicio o el fin de una etapa, precisamente un 21 de diciembre. No tengo una explicación lógica para estas cosas.

**BSM:** ¿Recuerda usted la hora exacta en que se produjo su nacimiento?

**AA:** ¿Sabe usted que no me acuerdo? Me gustaría que hubiera sido con la luz de la mañana, en un día claro y cálido.

**BAS:** A propósito de la fecha que estamos celebrando, el crítico de ballet Roger Salas afirma que usted nació en 1917, en vez de en 1920. Pero yo por supuesto no le creo, porque, entre otras cosas, en el horóscopo chino usted cumple las características del mono y no las de la serpiente. ¿Qué puede decirme al respecto?

**AA:** Las especulaciones sobre el verdadero año en que nací hace tiempo forman parte del "folklore" del mundillo artístico. Creo que ha contribuido a ello mi larga carrera, y los errores de los diccionarios. Las versiones de que nací antes de 1920 me halagan en vez de molestarme, porque quiere decir que con esa edad me mantengo más joven. La edad de las damas no debería mencionarse mucho por los caballeros.

**BSM:** Según el horóscopo orisha, su signo

Sagitario se corresponde con San Lázaro, Babalú Ayé, que es su protector: ¿tiene usted fe en este santo como intercesor ante Dios, el Todo, si es que usted es creyente?

**AA:** No soy creyente, pero tengo un gran respeto por esas figuras del culto popular, porque expresan la devoción de amplios sectores de nuestro pueblo.

**BSM:** Su debut en *Giselle* en Nueva York se produjo el 2 de noviembre de 1943, el mismo día en que Anton Dolin, su *partenaire*, debutó como bailarín en Londres en 1921; día además de los muertos o de los fieles difuntos.

En el segundo acto, *Giselle* es un espíritu, una muerta. ¿Pensó usted en ello ese día, y le ve hoy algún significado cabalístico o esotérico?

**AA:** De nuevo nos sorprenden las coincidencias. El día que debuté en *Giselle* sólo pensaba en el personaje, en bailar. No conocía nada sobre esa fecha, ni le he conferido después un significado místico. Pero no deja de ser curioso haber bailado por primera vez la historia de un amor más allá

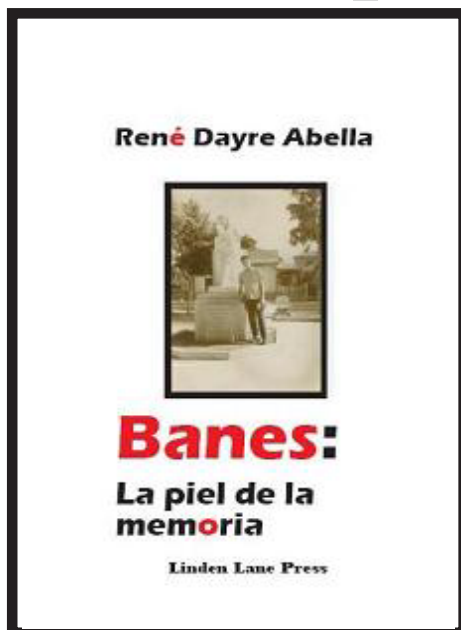
de la muerte, el día de los fieles difuntos.

**BSM.** El 16 de febrero de 1941 el destino la enfrentó por primera vez con su tocaya Alicia Márkova, en el estreno de la versión de Anton Dolin del *Grand pas de quatre*, donde le tocó interpretar a Carlota Grisi, la primera *Giselle*, en tanto que Alicia Márkova hizo el papel de Madame Taglioni. Pero después usted no quiso volver a hacer la Grisi sino siempre la Taglioni: ¿hubo alguna razón

Foto/ Delio Regueral



## Banes: La piel de la memoria



René  
Dayre  
Abella

Linden  
Lane  
Press

P.O. Box 101582  
Fort Worth, TX  
76185-1582  
lindenlanemag@Aol.com

<http://www.amazon.com>

en específico, o fue algo sin motivo aparente?

**AA:** Me gustó mucho bailar el papel de la Grisi, y me hubiera encantado seguir bailándolo. Pero pronto decidieron los directores y coreógrafos que yo debía interpretar el rol de Taglioni, a la que suele conferírsele especial autoridad y categoría, porque era la mayor y más famosa entre las cuatro grandes estrellas del romanticismo que integran el *Grand pas de quatre*.

**BSM:** ¿Quién ha sido su *partenaire* más solícito y con quién se sintió mejor bailando?

**AA:** He tenido la suerte de compartir la escena con grandes *partenaires* durante mi carrera. Con muchos de ellos tuve una gran compenetración. Pero si tengo que mencionar a uno, sería sin dudas Igor Youskévitich.

**BSM:** Desde 1943 hasta 1948, en que funda en Cuba su propia compañía, usted fue la bailarina favorita de la crítica y del público neoyorquinos, así como de varios eminentes coreógrafos como George Balanchine, en detrimento de Márkova y Tamara Toumanova, que prácticamente “huyeron” a Europa ante su competencia. ¿Cuál fue su reacción ante este hecho, que de seguro le generó animadversión por parte de estas dos colegas, y de sus seguidores?

**AA:** Nunca vi las cosas de esa forma. Es cierto que el público y la crítica de los Estados Unidos fueron siempre muy cariñosos y entusiastas conmigo. Y no sólo en la etapa que usted señala, sino también mucho después. Recuerde que bailé regularmente en el American Ballet Theatre hasta 1960, también actué algunos años con los Ballets Rusos de Montecarlo, y bailé en Estados Unidos

con el Ballet Nacional de Cuba. Por lo demás, todas las estrellas hemos tenido nuestro público.

**BSM:** ¿Tuvo usted algo que ver con el viaje del coreógrafo George Balanchine a Cuba en el otoño de 1946?

**AA:** Directamente, no. Pero tuvimos una excelente relación con Mister B., y casi seguro que sus primeras motivaciones hacia Cuba tuvieron que ver con nosotros.

**BSM:** Alicia, usted ha reiterado en varias ocasiones que espera vivir 200 años. ¿En qué se basa usted para tener ese convencimiento?

**AA:** En mi amor a la vida, y en el conocimiento de que el arte nos trasciende más allá de límites temporales.

**BSM:** ¿Cuál considera que ha sido su mayor logro?

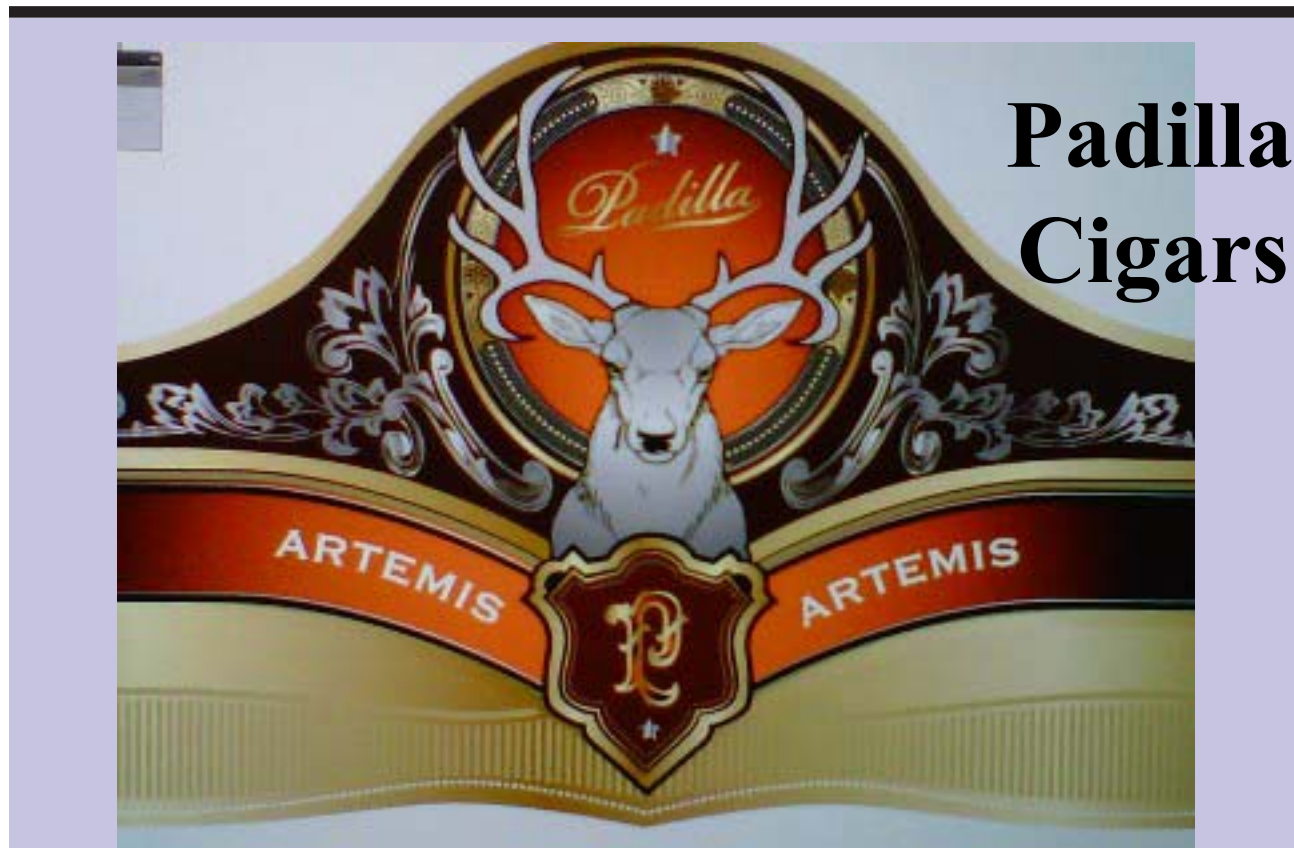
**AA:** Eso mejor lo dicen los demás. Hay quien opina que mi arte como bailarina, otros que el Ballet Nacional de Cuba, otros que “la escuela cubana de ballet”, etc... El tiempo lo dirá.

**BSM:** ¿Algún consejo para los jóvenes que se dedican o piensan dedicarse al ballet, y para nuestros lectores en general?

**AA:** Que amen la danza y le den sus mejores horas, sus mayores esfuerzos. Si no están dispuestos a hacerlo, mejor que cambien de profesión. En general, creo que todos debemos encontrar en el mundo lo que más nos gusta, y luchar por ello.

---

**Baltasar Santiago Martín:** (Matanzas, Cuba, 1955), novelista, poeta y promotor cultural, publicó recientemente *Una vida, un tren, un viaje*. Dirige la Fundación Apogeo. Reside en Miami.



# Sobre *Poetas y Memorias de Cuba*

Raúl Eduardo Chao

Como muchos de los lectores de *Linden Lane*, yo pertenezco a una generación de cubanos que desde la niñez no podían ignorar la importancia de la poesía en sus vidas. La poesía que disfrutábamos los niños cubanos era, ante todo, para escucharla y no solo para leerla. Más aun, era una época en que la poesía, mejor que recitarse, se *declamaba*, con toda la entonación y el porte adecuados; *recitar* es decir versos en voz alta. Recitar y declamar no son lo mismo. En Cuba no dábamos gran cosa por los recitadores; nuestro gusto se enardecía en la presencia de un buen declamador. Era al oírlo de un declamador que la poesía cobraba existencia. De la misma forma que un ballet solo existe en realidad cuando está siendo interpretado en un escenario.

Mis coetáneos conocían bien a los grandes declamadores de poesía de Cuba: **Carmina Benguría**, que abría el año escolar recitando hermosos versos patrióticos desde las tablas del *Teatro Martí*; **Eusebia Cosme**, hija de una cocinera, exquisita declamadora, residía en los EEUU pero visitaba a Cuba frecuentemente las poesías de Emilio Ballagas y de Nicolás Guillén. *¡Ñeque, que se vaya el ñeque!*, *¡Güije, que se vaya el güije!* “Eusebia Cosme —decía

Juan Ramón Jiménez—*parecía una empinada ola negra, una especie de Josefinita Baker de la declamación desgarrada. Cuando la vi en presencia y figura, vi que lo mulato auténtico era también suave y delicioso, deslizante, escapado; vi que Eusebia Cosme era una rosa canela cultivada*”; **Dalia Iñiguez**, que dio a conocer en Cuba la poesía de Gabriela Mistral y fue la recitadora oficial del Centenario del nacimiento de José Martí; **Luis Carbonell**, el acuarelista de la poesía antillana, reconocido como el rey de los declamadores. (*El problema del vestido / lo tengo resuelto ya: / un modelito*

*precioso: / será de organza rosá / con un escote muy bajo / y con falda acampaná. / Florita etá bien p’a arriba, / pero p’abajo, matá*); **Jorge Guerrero**, el declamador que popularizó a José Ángel Buesa, y **Otto Sirgo**, el más serio de los declamadores románticos cubanos. En la radio cubana no puede dejarse de mencionar a **Alberto González Rubio** y a **Eduardo Casado**, como también al español casi cubano **Miguel Herrero**, del cual nadie podrá olvidar aquello de «*Toito te lo consiento menos faltarle a mi madre... que madre no hay más que una, y a tí... a tí te encontré en la calle*», de Rafael de León.

Según **Federico García Lorca** «*los declamadores cubanos, olvidándose del desprecio que la burguesía rica sentía por la poesía popular, llevaron la musa campesina a teatros, universidades, la radio y el cine de Estados Unidos, México, el Caribe y todos los países de América Latina*». Fue así como en mis años cubanos se oían por CMQ, Radio Progreso y RHC, las emisoras de Amado Trinidad, Goar Mestre y Gaspar Pumarejo, y sobre todo en *El Rincón Criollo*

de CMQ, a dos declamadores: Nena Cruz y Miguel Alfonso Pozo, que nadie conocía por sus nombres sino por sus apodos de **La Calandria** y **Clavelito**. En muchas cartas a la emisora se agradecían las gracias concedidas al

Arístide: Celia Cruz



famoso vaso de agua milagroso sobre el aparato de radio. La *Comisión de Ética Radial*, forzó a que el programa fuera suspendido un 5 de agosto de 1952.

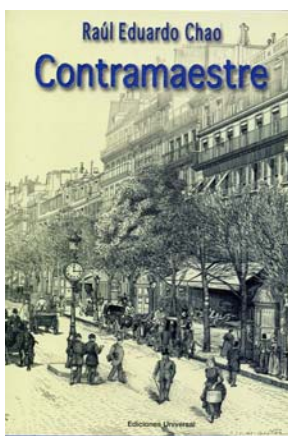
En lo personal me acuerdo de niño las excursiones de los Padres Escolapios a Mulgoba, el Pan de Guajaibón, Viñales, las Cuevas de Bellamar, Varadero, la Ciénaga de Zapata, Batabanó... en la guagua 4 del Colegio. Siempre íbamos pidiendo poesías a nuestros declamadores escolares. Allí aplaudíamos éxitos como **El Seminarista de los Ojos Negros**, de Miguel Ramos Carrión y el **Romance Sonámbulo** de García Lorca, entre muchas otras poesías.

Desafortunadamente al ponerse en crisis la existencia de la República en 1952, se fue apagando el cultivo de la poesía declamada. Fue una época en que los padres mandaban con cierto temor sus hijos a la escuela;

época donde dejaron de existir las grandes excursiones para conocer nuestra tierra. Peor aún, al desaparecer la República en 1959, se esfumaron las empresas publicitarias y los comercios que patrocinaban la declamación de la poesía en la radio y el teatro. Solo quedó la poesía escrita. Una vez establecido el exilio, por otra parte, las escuelas del gran país donde se refugió una buena parte de la nación cubana estimularon más la participación en equipos *deportivos* y conjuntos de *cheerleaders* que en las asignaturas que desarrollaban el arte de la declamación.

¿Qué declamadores nos han acompañado o se han desarrollado en el exilio cubano? Por suerte gente muy generosa y comprometida con la poesía como **Manolo Coego**, **Bertila del Pozo**, **Gabriel Casanova**, **Chaz Mena**, **Humberto Estenez**, **Orlando González Esteva**,

## TRES LIBROS IMPRESCINDIBLES EN TODA BIBLIOTECA CUBANA

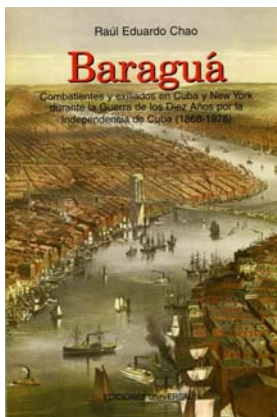


**Contramaestre**, Raúl Eduardo Chao, 309 páginas.

Los años de mocedad de Carlos Manuel de Céspedes en el París de la Monarquía de Julio (1839-1844), años antes de alzarse en armas en Cuba, lanzando la Guerra del 1868...

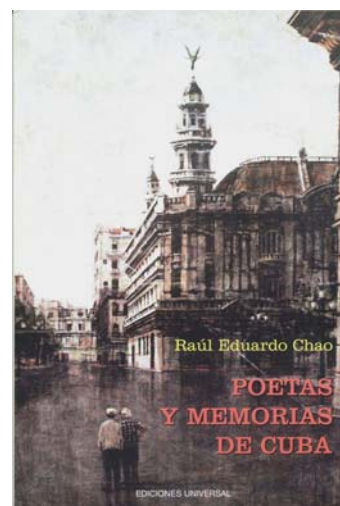
**Poetas y Memorias de Cuba**,  
Raúl Eduardo Chao, 458 páginas.

Un recorrido histórico de 500 años de poesía cubana y el entorno en que vivieron los poetas. Más de 600 fotos dan testimonio de la vida en Cuba hasta la desaparición de la República...



**Baraguá**, Raúl Eduardo Chao, 412 páginas

Los años del exilio en Nueva York —Miguel de Aldama, Francisco Vicente Aguilera y muchos otros— colaborando con los patriotas que en Cuba lucharon en la Guerra de 1868 —Antonio Maceo, Calixto García, Carlos Manuel de Céspedes y Máximo Gómez, entre muchos otros...



De Venta en: **LIBRERIA UNIVERSAL**

**3090 SW Calle Ocho, Miami 33135 - (305) 642 3234**

**Pedidos a: ediciones@ediciones.com - FAX: (305) 642 7978**

**Hada Béjar, Orlando Rossardi y Ramón González Cuevas**, por mencionar algunos.

Mi intención al recopilar los datos y anécdotas de *Poetas y Memorias de Cuba* ha sido poner una fuente adicional de información sobre nuestra cultura en manos de nuestros hijos y nietos, que no pudieron ser testigos del desarrollo de la poesía en Cuba. *Poetas y Memorias de Cuba* es un estudio hecho **desde el punto**

**de vista del lector** y no del poeta o del erudito. Presenta hermosas y conmovedoras poesías, populares en su tiempo, que generalmente tuvieron detrás una historia que las hizo interesantes, apasionantes o enternecedoras. Como autor me he entusiasmado en escribir este libro simplemente como un *amateur* de la poesía cubana, en el sentido que utilizan la palabra los franceses: *Amateur*, no como el que hace algo sin pago ni adiestramiento formal, sino como el que hace algo motivado por el amor, cariño y pasión por lo que hace.

En *Poetas y Memorias de Cuba* se presentan, entre muchos otros autores hasta llegar a 160:

**Santiago de Pita** (1693-1755), el poeta que, en *El Príncipe Jardínero*, utilizó por primera vez la *décima Espinela* en Cuba (la estructura formalizada por Vicente Gómez Espinel (1550-1624);

**Manuel de Zequeira y Arango** (1760-1846), compositor de la famosa *Oda a la Piña*, que murió, creyendo que al ponerse un cierto sombrero desaparecía;

**Juan Francisco Manzano** (1797-1854), el primer esclavo de la historia que publicó un libro de poesías siendo aun esclavo;

**José María Heredia y Heredia** (1803-1839), primer *Poeta Nacional de Cuba*, que decepcionado por los abusos y descabros políticos y sociales de las recién inauguradas repúblicas suramericanas, se refugió en México en 1836 y allí murió de tristeza;

**Gabriel de la Concepción Valdés-Plácido** (1809-1844), **Francisco Poveda Armenteros** (1796-

1891), y **José Joaquín Palma** (1844-1911), los primeros poetas cubanos que practicaron el *repentismo*, el arte de mantener una controversia improvisando décimas alrededor de un tema decidido por los jueces a última hora. Según Lezama Lima, «*en las sitierías, bailongos y guitarreos de nuestros guajiros, los encuentros entre Poveda y Plácido eran derroches de una extraordinaria fineza de la palabra y una revelación prodigiosa de verbo*

Aristide: Trio Matamoros



*poético, donde generalmente Plácido se llevaba la rosa de oro»; José María de Heredia y Girard* (1842-1905), primo de Heredia y Heredia, electo en 1894 al asiento número 4 de la *Academia Francesa de la Lengua*, prevaleciendo sobre Emile Zola (1840-1902), y Paul Verlaine (1844-1896). Su poema *Los Trofeos*, de 118 sonetos, ha sido aclamado por la crítica francesa como «*los más hermosos versos jamás creados en la historia de las letras francesas*».

De igual importancia en Cuba fue la obra de **Julián del Casal**, 1863-1893, segundo y gran *Poeta Nacional de Cuba*. Casal murió el 21 de Octubre de 1893 durante una cena en su honor cuando uno de los huéspedes hizo un chiste —nada divertido según otros asistentes— pero que Casal encontró muy cómico. Al estallar de risa rompió un aneurisma en el pulmón y se ahogó en su propia sangre. Así murió riéndose el más melancólico de los poetas cubanos.

Otros de los 160 poetas presentados en *Poetas y*

*Memorias de Cuba* son: **Regino Boti** (1878-1958), **Agustín Acosta** (1886-1979), tercer *Poeta Nacional de Cuba*; **Enrique Serpa** (1898-1968), **José Angel Buesa** (1910-1982), autor del entrañable *Poema del Renunciamento* y **José Lezama Lima**, 1910-1976, el inefable vecino de *Trocadero 162*, fundador de la *Revista Orígenes* en 1944. «*La mejor revista literaria de América*

*Latina*», en la opinión de Octavio Paz, que acogió en sus páginas a Paul Claudel, Octavio Paz, Juan Ramón Jiménez, María Zambrano, Gabriela Mistral, T.S. Eliot, Thomas Merton, Jorge Guillén, Paul Valery, Luis Cernuda, Rainier María Rilke, Alfonso Reyes, Paul Eluard, W.H. Auden, Luis Aragón, Aimé Cesaire, Robert Altmann, Vicente Alexander, José Bergamín, Carlos Fuentes, William Carlos William y Efraín Huerta, entre otros.

En medio de tanta hermosa poesía, es bueno reconocer que **poesía** y **música**, la palabra y el sonido, siempre han ido mano a mano y es casi imposible hablar de una sin mencionar la otra. En sus comienzos la poesía oral era generalmente creada para ser cantada. De ahí que José María Heredia reclamara una lira al comienzo de su “*Oda al Niágara*.” Los poetas cubanos, a lo largo de los años, sustituyeron felizmente la guitarra criolla por la lira de los griegos.

También vale señalar que la *rima*, a pesar de faltar en la poesía contemporánea, ha sido siempre de suma importancia para la memoria y el recuerdo; una juventud aprende versos cuando se reiteran ciertas sílabas. La palabra *verso*, de por sí, significa repetición, re-hechura, el retorno a una sonoridad ya utilizada, o sea la seguridad que ofrece al itinerante la regularidad de una *rima*. No existe ya en nuestro entorno alguien que trate de aprenderse una poesía moderna; cuando se oye o se lee, se pierde casi instantáneamente; de ahí que esté desapareciendo poco a poco el arte de la declamación.

Un punto interesante es que estamos acostumbrados a respetar la poesía como texto, es decir, como escrito deliberado y minucioso. La poesía juglar, la décima guajira improvisada, la tendemos a menospreciar como producto más que nada juguetón, malabarista e ingenioso. Sin embargo, existió poesía antes de que existieran los libros y la imprenta. La improvisación fue posiblemente el estado natural de la poesía durante milenios. Puede argumentarse que es una hazaña más ardua improvisar una buena poesía que trabajarla con calma antes de reducirla al papel. No creo, sin embargo, que haya en nuestros tiempos muchos y muy buenos

poetas consagrados que aprecien ese estilo de atletismo poético.

Por último, la historia ha hecho evidente que una poesía fustigada y regulada es una poesía condenada a la decadencia y el ocaso. La mejor poesía cubana, para deleite o desdicha nuestra, ha sido casi siempre una

poesía de exilio. Prueba de ello son: **José María de Heredia**, expatriado y condenado a morir fuera de Cuba; los poetas de mediados del XIX que hicieron famosos sus versos en *El Laúd del Desterrado*; **La Avellaneda**, que aunque nunca exiliada, recibió la inspiración fuera del país; **Martí**, primordialmente un exiliado vitalicio desde los 16 años; **Julián del Casal**, que volcó toda su elegancia en poemas llenos de añoranza por la lejanía. En tiempos modernos muchos de los poetas de las generaciones de 1915, 1933 y 1950 comenzaron a salir de Cuba para producir libremente su poesía: **Eugenio Florit**, **Gastón Baquero**, **Agustín Acosta**, **José Ángel Buesa**, **Eduardo Manet**, **Justo Rodríguez Santos**, **Ángel Gaztelu**, **Ángel Cuadra**, **Belkis Cuza Malé**, **Heberto Padilla**, **José Kozer**, **Reinaldo Arenas**, **Nivaria Tejera**, **Orlando Rosardi**, **Juana Rosa Pita**, **Raúl Rivero**, **Zoé Valdés** y muchos otros; hoy en día casi puede aseverarse que la mejor poesía cubana se ha escrito y vive fuera de Cuba. Ya sea

dentro o fuera de Cuba, nuestra poesía ha sido una urna de paredes transparentes que exhibe resguardadamente todos los rasgos buenos y malos de nuestro carácter nacional. Para los cubanos que desafortunadamente hemos sido forzados a vivir desterrados en todas las épocas de nuestra historia, la poesía cubana ha sido siempre la evidencia de que **la nación aun existe y se puede rescatar**. Destacar ese punto ha sido, muy humildemente, mi propósito al condensar casi 500 años de poesía cubana en *Poemas y Memorias de Cuba*.

**Raúl Eduardo Chao** recibió su PhD en *John Hopkins University*, Baltimore. Sirvió durante 18 años en el mundo académico, y fue Director de Departamento en las universidades de Puerto Rico y Detroit. Es el autor de *Contramaestre*, y *Baraguá*. Vive entre París y Coral Gables,

Aristide: Gonzalo Roig



# S u s a n

## Parodan

FÉLIX ANESIO

Hay un tramo de tierra, de varios kilómetros de extensión, que corre paralelamente a una autopista cercana, donde sobresalen escuálidos, deformes y cenicientos troncos de árboles a ambos lados de los autos que pasan vertiginosamente. Esta tierra no tuvo siempre tan horrendo aspecto: la tormenta la hizo así. Kilómetros y kilómetros de pálida y mórbida fealdad emergen a lo largo del trayecto, mientras nadie desea echarles siquiera una simple mirada. Esta tierra está marchita, diría yo, erosionada por la vesanía del viento, la lluvia, el trueno y el tiempo.

Era el veintitrés de agosto de 1992. Todas las ventanas en la ciudad habían sido tapiadas, las puertas selladas, los refrigeradores repletos, las veladoras listas, innumerables cerillas y encendedores en todas las gavetas, las baterías colocadas en los fustes de las lanternas amarillas, las latas cruzadas con abridores, los radios portátiles convenientemente dispuestos en las salas; hijos e hijas y madres y padres sentados rígidamente, como cuerpos momificados, frente a las pantallas de los televisores; el ojo se apostaba cada vez más y más y más cerca, mientras las casas semejaban las sombrías barracas de un inmenso campamento sitiado.

Era un poco antes de las 4:30 de la tarde. El cielo lucía aún radiante, bajo una especie de dorada perspicacia; pequeñas nubes calaban el cielo y algunas aves dispersas emprendían su precipitada partida hacia el Norte.

Las sirenas de la policía ululaban de continuo. Los perros nerviosos ladraban sin cesar. En muchos cruces de caminos, la policía guiaba el consternado tráfico. En los ya abarrotados comercios, los últimos clientes compraban las temporales provisiones, percatándose de que su terquedad los había demorado. Los reporteros infestaban

las esquinas de las calles más transitadas de la ciudad, avisándole a la gente dónde hallar un refugio seguro. En los no muy distantes campos roturados, los surcos eran abandonados a su suerte. En las playas cercanas, los guardias de seguridad increpaban a los intrépidos jóvenes que continuaban nadando y practicando *surf* entre las olas que lentamente se exacerbaban

¡Hey! ¡Miren! ¡Déjennos nadar por un rato más!  
¡Miren esas olas! ¡Miren ESAS OLAS!

Pero ellos no permitieron que los jóvenes soñadores jugaran por más tiempo en las ya agitadas aguas. Era muy arriesgado: podían morir arrastrados por la mar de leva, o por el acechante ojo. IIIIOOIIIIOOIIIIOOIIIIOO y luces cambiantes en las esquinas; cha-chin-cha-chin-cha-chin en los mercados; lubb-dub lubb-dub lubb-dub dentro de los

*Clara Morera: detalle-cabeza*



nerviosos pechos. Respiración jadeante dentro de las casas. Pies arrastrados a través de las calles, sayas voladas por súbitas ventoleras. La ciudad lucía como un ajetreteado circo.

Las familias de los vecindarios más pobres acudían a los refugios designados, usualmente una escuela

secundaria, o un viejo auditorio. Ojos amedrentados y sin lustre contemplaban el panorama de otros, que como ellos, sólo esperaban a que el temporal pasara. Literas, camastros, sábanas de algodón barato remetidas bajo los duros colchones, insulsas paredes, bocinas escandalosas, botellas de agua, y latas de comida insípida dispersas entre ellos... todos esperando, silenciosos y serenos.

Las ráfagas de viento se hicieron más intensas, empujando las nubes hacia el Oeste, nubes que semejaban las pálidas sábanas de los refugios, dispersas ahora por todo el ensombrecido firmamento.

Las ramas de los árboles se mecían fuertemente en conjunción con los semáforos, las señales de tránsito, la basura flotando en medio del aire, las marquesinas de las gasolineras balanceándose como débiles sombrillas frente al viento; puertas y ventanas traqueteando...

Eran las cinco menos cuarto.

Yo vivía muy cerca de Homestead, y tenía el presentimiento de que la acuciante situación de la tormenta sembraría la devastación sobre el pueblo..., sobre todo a nuestro alrededor. Fue entonces que decidí llamar a mi amigo John Mulney, quién tercamente había desistido de evacuar, y esperé, no sin cierta aprehensión, a que él levantara el... “¡Hola, John! ¿Estás bien?” Le pregunté apresurada, mientras sentía, al mismo tiempo, la sacudida de un dolor muy fuerte serpenteando entre mis caderas.

“¡Tan fresco como un pepino!”

“¿Estás seguro?”

“¡Ajá! ¿Qué pasa?”

“Nada. Es que he tenido un mal presentimiento...”

“Oh, no será nada, ya lo verás. Verás...”

El me preguntó si estaba en casa, o en alguna otra parte. Yo titubeé...

“¿Dónde estás?”

“¿Qué ocurre ahora, mujer?”

“Es que..., es que tengo que ir primero a un lugar... ¿Puedes...?”

Quince minutos después escuché a alguien tocando fuertemente en mi puerta. “¡Abre ya, sinvergüenza!”

El cielo se fue tornando plumizo, como si estuviera cubierto por un millón de polillas grises.

Abrí la puerta con cierto recelo. El me miró de un modo extraño, aunque plácido. El estaba allí, en mi portal, delineando el fondo gris del cielo a sus espaldas. Le tendí mi mano, la cual tomó con el ceño fruncido. “Tengo que ir a un lugar,” repetí. Presionó mi mano suavemente. “Iré contigo...”, replicó resuelto.

No estaba tan oscuro aún cuando conducía por la autopista. Ambos podíamos percibir la humedad del aire que resollaba sobre el parabrisas, tornándolo empañado y opaco. Varios carros de policía pasaron a nuestro lado con sus vertiginosos resplandores de intensos azules y rojos. Yo manejaba con prudencia, a veces con desespero, y de nuevo con prudencia. A intervalos colocaba mi mano a tientas en la parte posterior de mis caderas. Tenía un persistente dolor que se iba tornando cada vez más violento. Desde la distancia, aquellos enormes y verdes pinos sobresalían en aquel tramo de tierra, como enormes agujas de una imponente catedral gótica. La punta de los árboles trazaban

[arsatelierparis@gmail.com](mailto:arsatelierparis@gmail.com)



84, rue Quincampoix  
75004, Paris

una línea irregular que delineaba el perfil del repulsivo y humillante horizonte. Mulney nunca preguntó sobre esta diligencia que requería del escrutinio de esta tierra. De hecho, él no sabía nada; tampoco preguntó nada. El estaba quieto, sólo mirando hacia afuera al mundo exterior, al resplandor y la distorsión de los árboles que cruzábamos, donde todo o nada parecía converger...

Detuve el auto en un punto de la autopista. La tormenta mostraba evidencias tangibles del inminente caos. Me hice a un lado sobre el hombro de la vía, y le pedí a Mulney que permaneciera dentro del auto. “¡Tranquila, mujer!”, dijo, sonriente y dócil como un buen perro. “¡Hmm, Susan, sabes que el mundo se va a acabar de cualquier manera!”

Tiré la puerta con determinación y firmeza; miré hacia los dos o tres autos que pasaban veloces en dirección contraria; los pasajeros se preguntarían probablemente por qué íbamos en la dirección equivocada. Al otro lado de la autopista, había una pequeña y antigua cafetería. “Ah, todavía esta ahí,” pensé. No había policías o guardabosques a la vista. Al fin, aprovechando esa situación fui rápidamente hacia el maletero de mi viejo wagon negro y lo abrí. Caminé con mis manos apoyadas en la cadera, respirando con rapidez por la boca, haciendo una mueca a medida que el dolor se iba haciendo insoportable. “Llevo ya tres días con este maldito dolor, desde que apareció la alerta en los noticieros...” Hurgué con mis manos dentro del maletero hasta que encontré el botiquín y tomé todos los algodones y vendajes disponibles. De nuevo volteé la cabeza hacia ambos lados de la vía. Estaba segura. Me sentía segura.

Mientras alzaba mis piernas sobre la baranda metálica de protección de la vía, descendí el pequeño declive, y al dar media vuelta, encontré que Mulney estaba dormido dentro del auto. Estaba rendido... Parecía incluso que ni siquiera respiraba o se movía. La ventanilla de su lado rezumaba humedad. “¡Miren eso!” pensé.

Eran las seis menos cuarto. El aire se tornó más denso, con un fuerte y pesado aliento.

Al principio el suelo era cenagoso, luego se tornó más seco hasta sentirlo ya, como tierra más firme bajo mis pies. El tupido bosque de pinos me recibió con la hospitalidad de su quietud y luego con un rápido estremecimiento a medida que me adentraba en él. El aroma

de la yerba, del suelo, y de los pinos...; siempre estuve pendiente del peculiar sonido de las frágiles hojas bajo mis plantas; hojas casi podridas que permanecían, de algún modo aún vivas, sólo para ser holladas por unos pies; mis pies.

Caminé tranquilamente entre los árboles, buscando, mirando primero a un punto, y luego hacia otro, sintiendo la grisura descender lentamente desde lo alto hacia el bosque y escuchando el lejano trinar de algunos pájaros que habían quedado atrás, a causa de su propia indiferencia. “Hace veinte años anduve por estas tierras,” recordé. Marchando, a un infinitamente doloroso paso, finalmente divisé, a lo lejos, una vieja y chamuscada cabaña de guardabosques.

Levanté mi brazo derecho a todo lo largo, y cerrando mi mano hasta apuntar con el pulgar a la arruinada cabaña, cerré el ojo derecho, luego el izquierdo, de nuevo el derecho, luego el izquierdo, y entonces medí la distancia que me separaba de ella. “Tengo que ir rumbo Este, quizás algunos cientos de pies...” El dolor parecía contraerse y expandirse dentro de mi cintura...

“Este suelo es buen suelo. Le da vida a las cosas que antes nunca la tuvieron; alza y eleva los espíritus... Es suelo poderoso...” él había dicho. Tambaleando sobre raíces y arbustos, y montones de hojarasca, por poco caigo sobre una roca que afloraba puntiaguda. Traté de mantener el equilibrio, caminando despacio y contando cada paso, aún cuando el dolor dismantelaba mis entrañas. Súbitamente, la ira se apoderó de mí; ira por haberme sentido débil, denigrada, inepta. Una repentina furia, como una expansiva ráfaga de viento dentro de mí, aceleró mis pasos hacia la búsqueda...

Sentí ruidos estridentes, cataclísmicos; como el de un péndulo enorme viniendo por la izquierda, girando bruscamente a la derecha, de nuevo hacia la izquierda, de nuevo a la derecha. Era la tormenta silbando

sobre mí. El dulce olor de los pinos fusionándose con la humedad del aire...

Después de pasar frente a la cabaña, seguí por un sendero estrecho entre dos filas de árboles y al atravesar un súbito claro del bosque, el dolor me golpeó de nuevo. Algo vieron mis ojos. Un círculo de piedras. “Aquí está; éste es...”

Instintivamente, me puse en cuclillas y alzándome un poco la saya, sentí súbitamente los espasmos de un agudo e insoportable dolor. Con mis manos temblorosas logré componer un pequeño lecho de algodones y vendas sobre el suelo, justo delante del círculo de piedras; luego vinieron

*Aristide: Ernesto Lecuona*



los quejidos, al principio ligeros, con un tono grave, como si cantara en un apacible coro; luego los gritos fueron subiendo de tono hasta convertirse en aullidos disonantes. Mis manos presionaban las caderas, luego las ingles, las caderas, luego las ingles, gritando y aullando y bramando a medida que el intenso dolor desgarraba mis entrañas, hasta que sentí un mórbido flujo, que como una torrencial descarga, cayó encima de las vendas y algodones sobre el suelo. Halando la rama más cercana como apoyo, con el rostro y todos los músculos tensos, sentía que más y más sangre fluía de entre mis piernas. De repente miré hacia el suelo y ví que todo estaba anegado en sangre. “No”, sollozé. La tierra y los algodones todos manchados por la rojísima sangre. Sobre la cama de vendajes y algodones yacía un huevo unido al cordón que corría hasta la placenta, aún dentro de mi vientre. “No,” sollocé de nuevo.

Nada quedó en mi vientre.

Recogí el pequeño huevo, cubierto de venas y sangre y placenta, y deslicé mis dedos suavemente sobre él y lo acaricié. No estaba formado aún, era como una gran gota de agua cayendo... “Una niña. Oh, iba a ser una niña,” pensé, mientras las lágrimas caían y se unían a la sangre en el suelo, sobre el lecho de algodones. La sangre y las lágrimas comenzaron a mezclarse con la fría llovizna que había comenzado a caer. Después de acariciar el huevo, comencé a arrullarlo, a mecerlo entre mis brazos, como si fuera un recién nacido. Acunado entre mis manos, pensé en

una nana, canté una nana, meciendo tiernamente al pequeño huevo para dormirlo. Era tan suave, más suave que el terciopelo. Finalmente el dolor se había marchado.

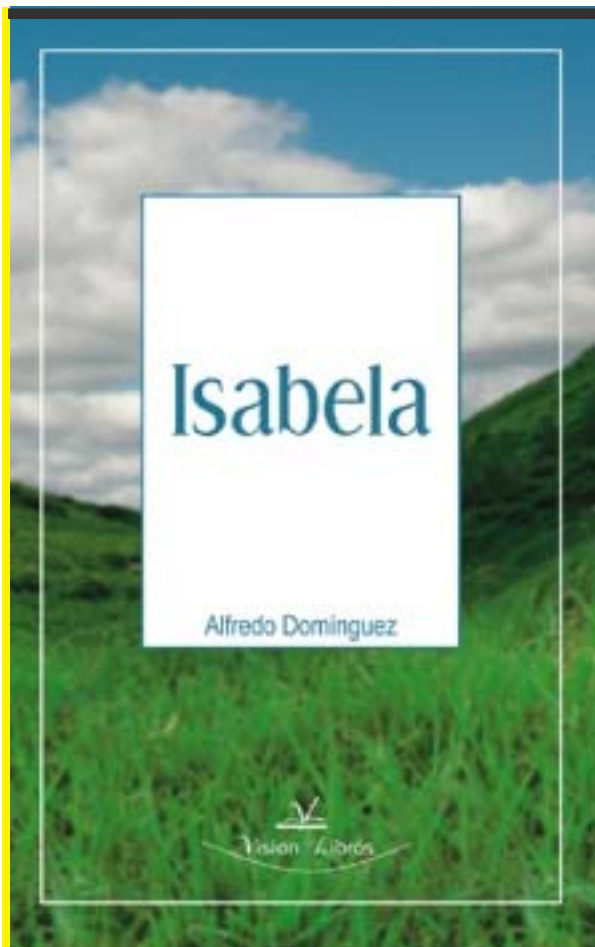
Un sonido seco, lubb-dub lubb-dub lubb-dub, parecía latir dentro del huevo. Sosteniéndolo contra mi oído, pensé dolorosamente, “Oh, si es el mío propio.”

El rayo y el trueno comenzaron. Cavé rápidamente con mis dos manos en la tierra pelada en medio del círculo de piedras hasta que el hueco era lo suficientemente hondo para depositar el huevo y los algodones y los vendajes y la sangre y la placenta y el cordón. Mis manos llagadas, mis uñas quebradas. “Ahora estás en el centro del círculo, ahora te podrás elevar hacia lo alto...” señalando hacia el cielo gris ya comenzaba a reinar la tormenta.

“¿Ya terminaste? Me preguntó John Mulney mientras me sentaba en el auto. El estaba como resucitando de su sueño, bostezando y estirando sus largos brazos y su cara blanca y carnosa. Se rascó la tupida y rojiza barba de tres días. Encendí el motor con vehemencia. “Si, ya está. Volvamos a casa.”

En el camino de regreso, los goterones chocaban contra el parabrisas y todos los objetos afuera se agitaban, aquí y allá. Mulney me observó nuevamente con el ceño fruncido, y mientras tocaba el rosario de plata que colgaba del espejo retrovisor dijo: “Esto es historia, ¿sabes?”

“A que te refieres?” pregunté con una mezcla de indiferencia y curiosidad.



# Alfredo Domínguez

# Isabela

Vision Libros

Madrid

<http://www.visionlibros.es/>

“A todo esto. Todo esto es historia. No podemos vivir sin ella, ¿sabes? Esta tormenta no es nada, absolutamente nada. Vendrá; pasará. Todo ocurre así. Puede que haya una calamidad; puede que no. De todas formas, necesitamos las calamidades; ellas nos humanizan. Todo el que se queja de que esta ciudad carece de historia, o que este es un país casi sin historia... bueno, esto es historia. Es la memoria y todo lo demás, todo lo que se necesita y que aún anda perdido...”

“¿Por qué dices que lo estamos perdiendo?”  
refunfuñé.

“No lo digo yo; otros lo dicen. Pero quizás coincido con ellos...”

Cuando llegué a la entrada de mi casa, Mulney balbuceó: “¡Cúidate!”

“¿No te vas a quedar aquí conmigo?”

“Bueno... No, Señorita Parodan... Sabes que no puedo... ¡Y no me mires de ese modo! No me eches esa ojeada maliciosa... Sabes que no debo... pero escucha, quiero que... necesito que te cuides mucho.”

“¡John, todo tu maldito vecindario ha sido evacuado ya!”

“Eso no importa ahora. Necesito permanecer allí...” dijo apuntando hacia Homestead.

“¡Necesito ser parte de la historia! ¿No es así?” dijo con una irónica sonrisa.

Se bajó del auto. Lo observé desde dentro de mi wagon, el motor aún vibrando, las escobillas del parabrisas aún moviéndose, hacia un lado, al otro, un lado, al otro, aunque había parado de lloviznar momentáneamente. Volteó la espalda y me dijo adiós con la mano. Detrás de él todo era oscuridad. Quise gritarle que se quedara conmigo, que sólo estaría seguro conmigo, pero el único sonido que asomó a mis labios fue un inaudible sonido gutural.

Entró en su camioneta, y partió inexorablemente. Mi cabeza, que sentía ligera y pesada a la vez, se apoyó sobre el timón. Sequé mis

ojos rápidamente y apagué el motor. Al abrir la puerta, me quedé contemplando las llaves entre mis dedos. Observé una, su forma y su tamaño, su significado, su propósito... “¿Cuántas puertas me quedarían aún por abrir? Sólo Dios sabe cuántas habrían de ser...” “Mejor me voy adentro,” sollocé, y entré.

El colchón se sentía muy duro aquella noche, como

si estuviera hecho de madera o de piedra.

No podía conciliar el sueño; no lo lograría. La prisa atronadora, y la chispeante fuerza de la tormenta golpeaba sobre la puerta, las ventanas, las tejas, el garage, la tierra. Todo se estremecía y vibraba. A eso de las tres y media de la madrugada se fue la luz. Aparté las sábanas de encima de mi cuerpo sudado y las lancé a los pies de la cama. Me levanté y me senté en una pequeña silla de cedro al lado de mi máquina de coser Singer y me fumé varios cigarillos mientras afuera la tormenta continuaba barriendo parte de la ciudad como si fuera polvo.

### Aristide: Olga Guillot



Los ruidos eran aterradores. Chocantes sonidos metálicos. Gritos súbitos. Sonidos golpeantes y luego los centelleantes aguaceros. Árboles y postes eléctricos cayendo y partiéndose y golpeando los autos, las casas...

Los eventos de ese día centellearon sobre mí como los rayos de un potente faro. Mulney y su resuelta disposición, la autopista, los pinos, el círculo de piedras... Me encontré a mí misma a los pies del emblemático círculo, excavando la tierra con mis propias manos desnudas, colocando el huevo dentro del hueco que había cavado... y muchos años antes el mekko[1] Seminole ...

Encendí el último cigarillo.

La casa se tambaleó un poco, mi corazón se paralizó; retuve el aliento. Algunos cuadros que colgaban contra la pared cayeron y se rompieron en mil pedazos. Los adornos resbalaron de las repisas y cayeron al piso, estrellándose. Comencé a respirar aceleradamente; pero cuando recordé el enterramiento también pensé cuán segura estaría ella allí...

El ojo estaba cerca.

Era un día plácido, dorado y despoblado de nubes, y los rayos del sol eran filtrados por un tamiz de pinos en parches irregulares. La serventía estaba cerca; el sonido de un cervatillo sobre la hojarasca se escuchó en la cercanía. Esto ocurrió veinte años atrás y lo recuerdo como si fuera ayer.

“Hey, Susan, hey, no te alejes. Hey, Jefe, no le quites el ojo de encima”, dijo mi padre, un cazador nato.

“Ella estará bien. Ella se puede cuidar por sí misma. ¿No es así, señorita Parodan?”

Miré al Seminole con ojos soñolientos, mientras

jugaba con la muñeca de palmetto que él me había regalado. El día era tan fresco y apacible que invitaba a una breve siesta. “Ahí está, señor Parodan. Es toda una belleza. Un pequeño cervatillo,” declaró el Seminole; sus ojos eran ojos sabios. Su sonrisa era una sonrisa sabia. “El papá ciervo debe estar cerca...” Recorrió con la vista todo el terreno con una actitud magnánima. Casi puedo recordarlo como si fuera ayer.

Caminamos a través del bosque de pinos hasta que estuvimos a una cierta distancia. El Seminole nos aconsejó permanecer quietos, colocando su rústico dedo sobre los labios y mirando detenidamente a mi padre quien —con sus ojos agrestes— estaba apostado cargando la escopeta con su habitual destreza. Los tres nos agachamos detrás de los arbustos. La sorprendente presencia del ciervo emergía sobre su joven y tambaleante cría. Con gestos silenciosos de la cabeza y las manos, ellos dos decidían cual sería el próximo paso.

Le disparó al ciervo. Falló. El cervatillo corrió.

“Pareces disgustado...”

“No, no lo estoy. Realmente, no lo estoy, cariño.”

“Bien, papá”.

El Seminole me observó entonces, y él vió algo en mí, y yo percibí también algo en él. La negrura de sus largos cabellos se cernía sobre sus hombros.

“Esperen por mí aquí los dos. Será más fácil si voy yo solo tras la presa. No deben estar muy lejos.”

“Oh, bien señor Parodan,” dijo suave y serenamente.

Tomando el rifle con un compulsivo y espasmódico

tic en el rostro, salió por el caminito persiguiendo a su presa.

“¿Qué tiempo le tomará?”

“Bueno, conociendo a tu padre, diría que podrá estar de regreso en una hora, quizás dos...”

“¡La última vez que vinimos a cazar, no le tomó mucho tiempo!”

“¡Hay días de suerte para el cazador, pero también días de infortunio!”

Después de permanecer inmóvil por unos segundos, el Indio, aún en cuclillas, murmuró suavemente:

“Ojalá no lo alcance...”

“¿Quién?”

“Nadie, Susie. Ven, que quiero mostrarte un sitio en el que nunca has estado antes.”

Retrocedimos por el sendero por donde habíamos venido, y súbitamente seguimos un estrecho caminito que nos llevaba esta vez hacia la izquierda, hacia un tupido matorral. El bosque era aquí toda una verde espesura encantada. Caminamos por unos quince minutos, hasta que de repente hicimos un alto.

“¿Ves aquello al fondo del caminito?”, preguntó el Seminole, apuntando hacia allá.

“¿Ajá, qué es eso?”, pregunté mirando hacia donde señalaba con su enorme y rústico índice. “¿Era esa tu casa?”

El sonrió complaciente, y dijo: “No. Es una vieja y abandonada cabaña de guardabosques.”

“¿Esa cabaña está lejos, verdad?”

“¿Cuán lejos? Puedes decirme cuán lejos está de nosotros?”, me preguntó medio sonriente.

“¿No sé. Cómo a cien pies?”



# Mabel CUESTA INSCRITA BAJO SOSPECHA

Adquiéralo en

<http://www.amazon.com>



“Tropezaste contra una roca sagrada...”

Observé todo un círculo de piedras que habían sido colocadas con precisión en la tierra, y que estaban recubiertas por un colchón de hojas delicadas y muertas. El diámetro del círculo era como de unos diez pies. El círculo estaba formado por huecos cubiertos por blanquísimas y puntiagudas calizas y otros fragmentos de rocas que, sorprendentemente, eran de oscuro basalto. “Veo otras rocas. Veo un círculo de rocas...”

Escuchamos un disparo de rifle en la distancia. El eco sorprendió mis oídos. Agarré la muñequita de palmetto que había caído junto a mí.

“Me pregunto si finalmente habrá cazado al ciervo.”

“No, aún no.”

“¿Debo estar aquí, Jefe? Siento como si no debiera estar aquí...”

“Claro que puedes estar aquí. Yo te he traído para que veas, y aprendas...” Miré de nuevo hacia el círculo sobre el cual había caído, y sentí un extraño temblor recorrer mi cuerpo. Mis manos estaban embarradas de tierra. “Lo creas o no, este es el lugar más seguro de la tierra... Es un lugar místico, lleno de energía. ¿Sientes la energía?” me preguntó. “Me siento extraña, sí, extraña...”

“No tienes por qué preocuparte... ya te acostumbrarás...”

Después de un corto lapso de tiempo, se sintieron dos disparos. “Lo ha cazado. Es tiempo de regresar...,” dijo con voz nasal, y pronunció algunas palabras en Creek. “...eco...”

“¿Qué es ‘eco’?”

“Significa ‘venado, Susie’. Ahora, regresemos...”

Antes de abandonar el claro del bosque, declaró, cogiendo un puñado de tierra del círculo y disfrutando de su olor: “Este suelo es buen suelo. Le da vida a las cosas que antes nunca la tuvieron; alza y eleva los espíritus... Es suelo poderoso...” Se quedó quieto, con los ojos cerrados, con la cabeza elevada hacia el cielo, y los brazos en alto. “Recuerda y atesora todo lo que has aprendido hoy; más que nada, recuerda siempre este lugar, y nunca lo abandones; nunca. Si algún día necesitas darle vida y espíritu a algo, ven aquí y busca el círculo: y cava, y entierra tus penas, tus pesadillas, cualquier cosa. ¡Recuerda! Quizás nunca más pueda volver,” exclamó, mientras yo notaba por primera vez una extraña palidez sobre su rostro aindiado. “Quizás nunca más me vuelvas a ver...”

Yo suspiré y...

La tormenta llegó; y pasó; y con ella tomó las últimas llaves de la esperanza y el último espejo de felicidad. No todos habíamos perecido, pero los que perecieron, lo hicieron bajo la despiadada mirada de algo que era más preponderante que nosotros, algo más abismal que nosotros.

John Mulney había sido aplastado por su propia casa. Se había venido abajo sobre él durante la noche, mientras permanecía refugiado dentro de su closet. Varias vigas de madera le habían perforado el estómago, el cuello y las piernas.

Lloré mucho ese día fatal. En la mañana, después que la tormenta había partido completamente, empujé y abrí la puerta de mi casa, toda desvencijada y solo sujeta por una bisagra, y ví las calles vestidas de escombros y despojos. Tantas cosas arruinadas yacían sobre las calles; la precaria posición de los autos, aplastados bajo los árboles y los postes de luz ... todo tirado y volteado...

Y entonces cuando supe lo de John, también lloré. Las líneas telefónicas estaban caídas, y mi auto, por fortuna, estaba intacto, excepto por algunas rajaduras en el parabrisas y un espejo torcido. Desesperadamente manejé hasta su casa en Homestead. Era casi imposible manejar: un río de ramas y cables eléctricos y escombros cubrían las calles. Muchas veces tuve que desviarme a causa de los troncos de los árboles caídos que parecían cubrir casi todos los caminos.

La luz del sol saturaba Homestead bajo un aura de destrucción. Tanta destrucción y violencia pululaba ahora la otrora humilde y apacible ciudad. Manejando hacia el derruido vecindario de Mulney, con casi todas las casas de la cuadra niveladas sobre el suelo; detuve mi auto en la misma esquina. Había trozos de casas arruinadas por doquier. Agarrando fuertemente el rosario de plata, y metiéndolo con fuerza dentro del bolsillo, me bajé del auto. En la distancia, dos ambulancias se parquearon apresuradamente frente a los restos de la entrada de su casa. Policías y bomberos emergían de

sus vehículos. Todo daba la impresión de estar en medio de un campo de batalla. Los paramédicos entraron con rapidez entre las ruinas de la casa de Mulney. Unos minutos después de haber buscado aquí y allá, lo sacaron de toda esa destrucción. Momentáneamente tuve esperanzas cuando los paramédicos lo llevaban hacia la ambulancia. Pero al instante observé las profundas heridas y los hilos de sangre que emanaban de los costados de su cuerpo, que ahora parecía el de una extraña criatura sin huesos y sin forma. Gemí de desesperación.

Corrí frenéticamente con una mueca estúpida hacia el cuerpo de John Mulney. Los paramédicos, policías y bomberos me agarraron de inmediato por el brazo y me avisaron que tuviera cuidado con los escombros esparcidos por todos lados; que me quedara quieta. Trajeron desde la ambulancia un saco negro de nylon.

“Señora, ¿lo conoce? ¿Es algún familiar suyo? Me preguntó una policía con cierta compasión.

“Es solo un amigo,” logré susurrar en respuesta.

Depositaron su cuerpo en la camilla, pero no antes de que yo me pudiera acercar, y casi desvanecida lograra



Clara Morena: El Rey de Manhattan

tocar su carne inerte, esperando ansiosamente por una respuesta suya. Sostuve con mis manos mi vientre vacío, y le dije: “Debí habértelo dicho antes. Hubiera sido una niña...”

Coloqué mis manos sobre su pecho, y le acaricié la tupida barba rojiza, y un torrente de sentimientos reprimidos se agolparon vertiginosamente, y se adueñaron de mi mente. “Te me has escapado, bribón. Una vez pensé que te odiaba. Pero ahora me doy cuenta que estaba equivocada. Debí habértelo dicho antes... Este maldito huracán me ha hecho ver toda esa fealdad dentro de mí...” Me sentí de repente como una huérfana, observé como introducían su cuerpo en el saco de nylon negro; y una vez depositado dentro de la ambulancia, cerraron las puertas traseras, y la ambulancia partió.

El mismo oficial se me acercó, y me preguntó: “¿Tenía esposa o algún hijo?”

“Sí. Tenía esposa y un hijo. Pero ellos evacuaron desde ayer en la mañana,” contesté con apatía, palpando el rosario en mi bolsillo, “lo dejaron atrás...”

Los helicópteros volaban encima de mí; los reporteros corrían a mi alrededor; al igual que los sobrevivientes de la tormenta. Había una gran confusión por doquier..., y muy pronto me perdí entre el enorme barullo y entre todos los que me rodeaban y tendían sus brazos hacia mí al ver en mi rostro el reflejo de su propia angustia y desolación. Todos a mi alrededor estaban desolados. Escuchaba palabras de profunda compasión; dudé si las merecía o no; incluso abracé a la gente, y lloré con ellos. La gente de las otras casas derruidas emergían de su propio infierno y se agrupaban y se consolaban los unos a los otros. La furia de la tormenta había cedido el paso a la ternura...

Dieciocho años. Dieciocho años, y entre entonces y ahora, la marea y la corriente de la desesperanza y la fatiga... Durante toda mi vida muchas puertas habían sido cerradas; muchas puertas habían sido abiertas. Manejé por toda la autopista, mirando hacia los pinos que ya no eran verdaderos árboles, sino largos dedos blancos y desnudos, totalmente consumidos por la tormenta. Me hice a un lado, y detuve el auto sobre el hombro de la vía. Al otro lado pude ver la pequeña y reconstruida cafetería, desde donde emergía un hombre fornido de mediana edad, junto a una niña de cabello rojizo con dos grandes trenzas y el rostro lleno de pecas, que sostenía una muñequita de plástico en una de sus manos. El hombre usaba uniforme de guardabosques.

El hombre me saludó con la mano, mientras cruzaba la autopista.

“Istonko,” [2] lo saludé.

“Hola, Señorita Parodan, ¿cómo se siente hoy?”,

me preguntó como si se dirigiera a una niña; a una bebida de chupete.

“Bien,” fue la tersa respuesta.

“Tenga cuidado ahora, Señorita Parodan, ¿está bien? Ahora puede ir,” dijo como quien concede un permiso.

“Bueno”. La niña, que parecía estar soñolienta y como en las nubes, le preguntó al hombre fornido, su padre, al mismo tiempo que subían a su camioneta, “quién es ella, papá?”

“Es una pobre lunática. Pobre criatura. Ella viene a este mismo sitio una o dos veces por semana, y camina

dentro de ese desierto de árboles muertos,” dijo señalando hacia el bosque con cierta repulsión. “Ella es inofensiva. Solo camina por ahí durante una hora, o dos. Algunas veces comienza a rezar en alta voz, persistentemente, llevando entre sus dedos un gastado rosario plateado, invocando Dios sabe qué... Dice que va en busca de su hija. Luego, comienza a balbucear algunas extrañas palabras indias...”

La niña me miró, antes de que yo cruzara la barrera metálica y descendiera por el declive que me conducía hacia el bosque sin vida. “¿Está loca entonces? ¡Pobre señora! Papá, ¿no tienes miedo de que haga algo malo ahí? Prender un fuego, o algo?”

“¿En ese pedazo de nada? No, mi niña, no lo haría...”

Los dos se despidieron a la vez moviendo sus manos a medida que la camioneta se alejaba en dirección opuesta.

Hay un tramo de tierra, de varias kilómetros de extensión, que corre paralelamente a una autopista cercana, donde sobresalen escuálidos, deformes y cenicientos troncos de árboles a ambos

lados de los autos que pasan vertiginosamente. Esta tierra no tuvo siempre tan horrendo aspecto: la tormenta la hizo así.

Y ahora, ahora, yo estoy deambulando a través de la quietud de un bosque desconocido y muerto, buscando mi tesoro entre los escuálidos, deformes y cenicientos troncos de árboles que nadie desea ni siquiera mirar.

[1] “Jefe” en lengua Creek.

[2] “Hola”, en lengua Creek.

---

**Félix Anesio**, escritor cubano, nacido en Guantánamo, se graduó de ingeniero geólogo en la Universidad de Oriente. Ha publicado un libro de cuentos, *Los aldeanos*. Reside en Miami.



*Aristide: La Lupe*

# LA GUANTANAMERA MÁS ALTA

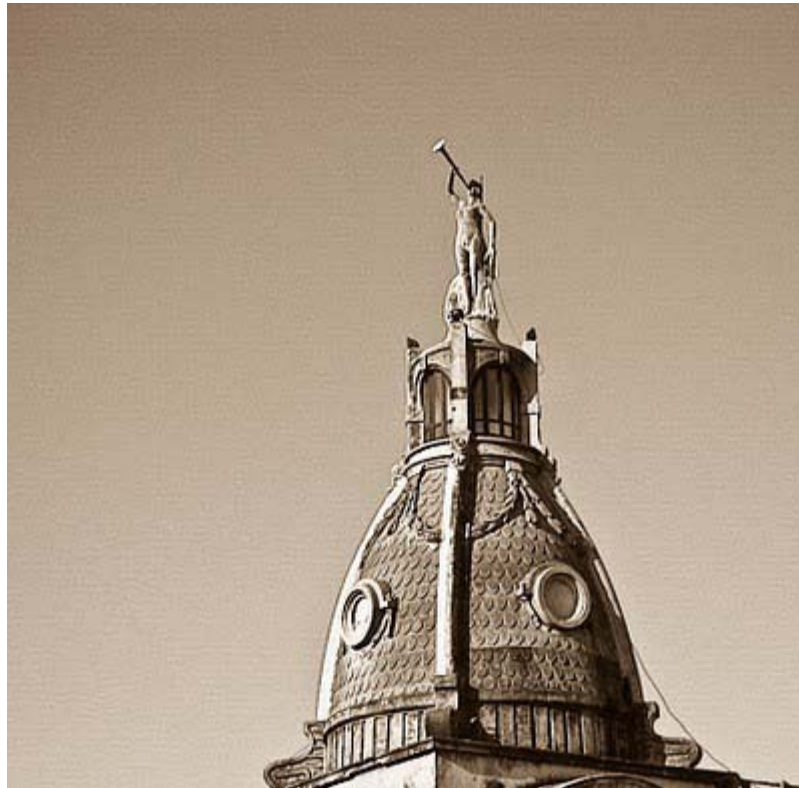
## Ena “LaPitu” Columbié

En 1796 se fundó el poblado de Santa Catalina de Guantánamo, a partir de ese momento, no pararon las construcciones influenciadas por diferentes estilos de arquitectura: el colonial, en gran medida el francés, más tarde el norteamericano y otros, que conformaron una ciudad ecléctica. No temo asegurar que las construcciones más bellas de Guantánamo tuvieron que ver con el arquitecto e ingeniero civil José Leticio de Jesús Salcines y Morlote —uno de los más importantes maestros de obras de

inicios del siglo XIX en Cuba— pero la más famosa de todas, es sin dudas la que llevó a cabo para fines de vivienda familiar, entre los años 1916 y 1918, y que el pueblo ha querido bautizar como *El Palacio Salcines*. Esta construcción se encuentra ubicada en el mismo casco histórico de la ciudad, y en estos momentos es “El Centro de Artes Visuales”, donde debería conservarse gran parte de la memoria artístico-plástica de la zona, pero que por su deterioro y la falta de una verdadera restauración no

puede guardar ni su propia memoria.

### *Ena Columbié, “LaPitu”*



Como todos sabemos el gobierno de fidel (insisto que no es un error, se escribe con minúscula), interviene no sólo los negocios, sino también las casas de las personas que salen del país en busca de libertad, y lo hace desde que el primer preclaro decidió irse de la cárcel grande, allá por el año 59. Pues bien, cuando los habitantes de *El Palacio Salcines* salieron rumbo

al exilio —historia repetida hasta el cansancio en todas las ciudades cubanas— fue ocupado ilegalmente por varias familias depredadoras, que destruyeron sus vitrales, mosaicos, azulejos, madera preciosa, mármoles de Carrara, frescos, y toda una infraestructura que lo convertían en una joya de la arquitectura ecléctica con muchos elementos del *Art-Nouveau*. Más adelante el

gobierno logró rescatar la planta baja que funcionó por más de veinte años como correo de la ciudad. Después de cerrarlo y mantenerlo muchos años en ruinas y olvidado, Patrimonio Provincial lo agarró y haciéndole un maquillaje que no duró más de cinco años lo convirtió en uno de los centros más importantes del pueblo; pero en la actualidad, como una gran parte de los monumentos arquitectónicos importantes de las ciudades del interior cubano, se cae en pedazos. La mayor atracción de esa construcción es la escultura que se erige en su cúpula peraltada, y que puede apreciarse desde los cuatro puntos cardinales de la ciudad. Una figura de mujer alada que dirige las notas de su trompeta o clarín a los moradores de su villa: *La Fama*.



Ena Columbié, "LaPitu"

clarín a los moradores de su villa: *La Fama*.

Según el poeta latino Virgilio, *La Fama* es "la voz pública", un ser mitológico que da la transición de lo privado a lo público, "el rumor que corre", y la describe como una figura alada que permanece insomne atisbando el horizonte, vigilando desde los techos. *La Fama* es la representante del poder demoníaco de la publicidad; aparece como un monstruo en los versos 173-97 de su famosa epopeya nacional inconclusa, *La Eneida*. Virgilio fue el primer escritor —del que tengo conciencia— que hizo aparecer en la literatura a esta figura mitológica, y debido a su enorme influencia en las letras latinas y occidentales otros escritores arrastraron el mito.

Yo soy el piadoso Eneas, que trae en sus naves los penates arrebatados al enemigo y cuyo nombre *La fama* ha extendido hasta los cielos. [Virgilio, *La Eneida*. 1.378]

Ovidio es otro de los poetas latinos nacido antes de Cristo que la representaba como un monstruo habitando en un palacio de bronce en el centro de la tierra. Pero realmente *La Fama* es la divina diosa mensajera de Júpiter (Zeus) que publicaba las noticias desde los lugares más altos, sus templos se encuentran en

Grecia y Roma, y pese a los infortunios que provoca en los seres humanos, éstos la aman y se le someten, porque creen que sólo ella puede propiciar la inmortalidad y la celebridad después de la muerte.

*La Fama de Guantánamo* es la escultura que corona la cúpula del *Palacio Salcines*, está hecha en cemento armado y fue realizada expresamente a

petición del arquitecto al escultor italiano Américo J. Chini, que para esos años radicaba en La Habana. Se presume que es la única figura de su tipo en la Isla. Parienta de la también solitaria *Giraldilla* capitalina, permanece en su cúpula pendiente a la intimidad de los provincianos, para publicar sus triunfos y derrotas. Esta gloriosa deidad que tiene el poder de transformar las vidas de los hombres, es el símbolo de una ciudad que no

La Fundación APOGEO es una organización sin ánimo de lucro para el arte público, multimedia y multicultural.

**FUNDACIÓN**  
**APOGEO**  
ARTE PÚBLICO GLOBAL

Misión. Promover una mayor presencia del arte en los espacios públicos y en la vida social de las ciudades.

Actividades.  
Talleres de pintura al fresco para niños, jóvenes, artistas plásticos y personas de la tercera edad.  
Exposiciones. Promoción de libros y autores.  
Crítica literaria, artística, y teatral, incluida la danza y el ballet.

Dirección postal:  
22121 SW 124 Ave.  
Miami, FL. 33170.  
Teléfono:  
**786 390 5855**

la ignora, que permanece muy alertas para cuando aparece con una tonada escandalosa. A ella le cantó el poeta Regino E. Boti:



Ena Columbié, "LaPitu"

### La Fama de Chini

Creada a golpe de cincel  
en la propia eminencia y bajo el sol,  
vuelas sin tener alas, porque  
—aunque terrena—eres lo ideal.  
Grácil, ingrávada, serena,  
tu helénica euritmia redime  
de venal mercantilismo  
—pregonando su gesta—  
a mi aldea natal.



Foto / Ena Columbié, "LaPitu"

**Ena Columbié, "LaPitu"**: Guantánamo, Cuba. Poeta, ensayista, crítica, narradora y artista. Licenciada en Filología. Ha obtenido numerosos premios en crítica literaria y artística, cuento y poesía. Ha publicado los libros: *Dos cuentos* (Narrativa. Cuba 1987), *El Exégeta* (Crítica literaria. Cuba 1995), *Ripios y Epigramas* (Poesía Cuba 2001) y *Ripios* (Poesía. USA 2006) y en las antologías: *Lenguas Recurrentes* (1982), *Lauros* (Cuba 1989), *Epigramas* (Cuba 1994), *Muestra Siglo XXI de la poesía en español* (USA 2005), *La Mujer Rota* (México 2008). Dirige la editorial, Ediciones EntreRíos. Reside en Miami. Este texto fue publicado previamente en el blog *Gaspar, El Lugareño*, de Joaquín Estrada Montalván, donde Ena mantenía una columna semanal, "Con la Verdad a Cuestas".

**Subscríbese**

**[www.lindenlanemag@aol.com](mailto:www.lindenlanemag@aol.com)**

**\$50.00 PARA INDIVIDUOS**

**\$60 UNIVERSIDADES E INSTITUCIONES**

***Linden Lane Magazine***

**1151 NE 86 ST MIAMI FLORIDA 33138**

**4 números al año**

**Ahora con un nuevo formato**

# Padilla Cigars



**La excelencia y el olor a Cuba**

*<http://padillacigar.com/blog/>*

---

**Linden Lane Magazine**

*[www.lacasaazul.org](http://www.lacasaazul.org)*

Miami, Florida